

DICIEMBRE
1 9 4 5

No. 55

LOTERIA

NAVIDAD
SORTEO EXTRAORDINARIO DE
NAVIDAD

ADMINISTRACION
DE LA
LOTERIA NACIONAL DE
BENEFICENCIA

GERENTE:
Pedro Vidal Cedeño

SUBGERENTE:
Rolando de la Guardia

TESORERO:
Carlos M. Arango

JEFE DE CONTABILIDAD:
Heracio Chandeck

SECRETARIO:
José A. Sierra

JUNTA DIRECTIVA DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Presidente:

Octavio A. Vallarino

MINISTRO DE TRABAJO, PREVISION SOCIAL Y SALUD PUBLICA.

Vice Presidente:

Beatriz de la G. de Jiménez

PRESIDENTA DE LA CRUZ ROJA NACIONAL.

Secretario:

José Antonio Sierra

DIRECTORES:

Juan Antonio Guizado

COMANDANTE DEL CUERPO DE BOMBEROS

Rev. Padre Arnoldo Aparicio

DIRECTOR DEL HOSPICIO DE HUERFANOS

Roberto F. Chiari

PRESIDENTE DE LA CAMARA DE COMERCIO, INDUSTRIAS
Y AGRICULTURA

Eduardo de Alba

GERENTE DEL BANCO NACIONAL,

Dr. Carlos E. Mendoza

SUPERINTENDENTE DEL HOSPITAL SANTO TOMAS

LOTERIA

CIUDAD DE PANAMA

REPUBLICA DE PANAMA

Nº 55 — DICIEMBRE DE 1945

Editorial

Motivo de Navidad

Tal como aparece en los Libros Sagrados, y de acuerdo con la consagración cronológica que de este magno suceso han hecho en la historia del Cristianismo nuestras autoridades eclesiásticas, fue en uno de los últimos días del mes de Diciembre cuando apareció en la Tierra aquel humilde predicador de la igualdad y el amor entre los hombres, que se llamó Jesús.

La Biblia nos da cuenta, asimismo, de los ejemplos edificantes y de los numerosos milagros que el buen Hijo de Nazareth realizó en el curso de su peregrinaje mundano para identificarse ante las muchedumbres extraviadas e incrédulas como el enviado por Dios para redimir a los pecadores de este suelo en donde, ya desde aquella época remota, el Mal era un flagelo y la inquina y la envidia florecían lozana y abundantemente.

Siglos han transcurrido desde aquella fecha que de modo sobresaliente registran los anales de la Iglesia Católica, y se nos antoja preguntar: ¿Han rendido las óptimas cosechas que eran de esperarse las siembras magníficas y el sacrificio supremo de aquel varón escogido, cuya vida fue un hermoso apostolado de mansedumbre y bondad, de amor y de justicia?

La realidad, la amarga y dura realidad, nos está diciendo con elocuencia que lastima la sensibilidad más atrofiada, que poco, muy poco, se ha alcanzado con la lección de aquél drama bíblico que tuvo su comienzo en el rústico pesebre de Belén y su glorioso epílogo en las alturas del Gólgota.

La humanidad sigue siendo la misma: un enorme conglomerado de seres roídos en su gran mayoría por la ambición bastarda y que vive asfixiándose entre la sed sofocante de la riqueza y los fuertes calores del deleite corporal. La virtud anda de capa caída, mientras que la inmoralidad fructifica con exhuberancia extraordinaria. El abuso y la explotación de los humildes adquieren cada día mayor preponderancia. Contra el derecho del débil se alza y triunfa la voluntad del fuerte. Y como si todo esto no fuera bastante, en medio de verdades tan desconsoladoras, surge por temporadas, sombrío y amenazador, el monstruo diabólico de los conflictos bélicos, con su bagaje funesto de muerte y odios, de miseria y devastación.

En este largo y trágico proceso que involucra todo lo que es dolor y mezquindad y cuanto tiende a desarraigar del corazón humano el sentimiento salvador de la bondad, asoma hoy un horizonte de perspectivas halagüeñas, el principio de una era fecunda en rectificaciones que sirvan para asentar sobre sólidas bases la nueva estructura de la franca y armoniosa cooperación comunal que todos anhelamos. La cesación de la horrible hecatombe que por largos años ha estremecido fuertemente la fábrica de la civilización y aniquilado muchas de sus más preciadas conquistas, llevando de paso la angustia y las lágrimas a millones de hogares antes risueños y felices, bien puede llevarnos a la feliz realización de ese colectivo y palpitante anhelo de asegurarnos a todos, sin ninguna excepción, porque el menor exclusivismo resultaría condenable, el disfrute igualitario y amplio de una vida mejor. Solo cuando esto ocurra, cuando sobre la faz de la Tierra brille esplendorosamente el sol de la paz y la justicia social deje de ser un mito, podremos decir con toda razón que las enseñanzas útiles del Divino Maestro han sido aprovechadas y que el sacrificio de su preciosa vida no ha sido estéril.

J. G. B.

Diciembre de 1945.

EL CUENTO NACIONAL

Una Carta al Niño Dios

Por RCDRIGO NUÑEZ Q.

Suspicaaz e incrédulo al principio, porque era montuno y tenía algo del potro arisco cuando ve la sal, ahora ya no podía sustraerse a aquella maravillosa sugestión.

En su mentalidad de once años rurales, la carta al Niño Dios, de que oía hablar por primera vez a sus compañeros de clases, a estos muchachos de Panamá que se educaban en La Salle, donde lo habían matriculado ese año, arrancándolo—"arrancándolo", esa era precisamente la palabra—del hogar y del aire libre provincianos, ejercía el influjo de las cosas extraordinarias.

Lo habían traído ese año de Ocú. Terriblemente desadaptado entre quinientos estudiantes donde apenas si contaba con un amigo, su metamorfosis exigió una buena dosis de silencioso sufrimiento, unas cuantas riñas espectaculares aceptadas por honor o por la dura necesidad de tener su propio "espacio vital", una serie de rectificaciones y ampliaciones de su concepto del mundo, y al fin, la conformidad interior, que fué lo que más trabajo le costó.

Amaba entrañablemente a su pueblo y lo comparaba frecuentemente con la Ciudad, sin claudicar al hacer el paralelo. Veía, por ejemplo, a estos muchachos de la Capital, representantes de la civilización, pulcramente trajeados y compuestos, tal vez un poco artificiales y sobre todo, bastante ignorantes del campo, de la naturaleza, de la realidad. El muchacho de Ocú no sabía de las emociones guridad los nombres de todos los pájaros, de del cine y del *base-ball* pero conocía con se los árboles, de los animales y sus costumbres. Montaba sin miedo en un potro o en un torete cerriles y sabía cruzar a nado el río crecido después de los grandes aguaceros.

Extrañaba todavía el ambiente religioso del Colegio donde los profesores vestían el hábito de los sacerdotes y a cada hora que pasaba hacían recordar a los alumnos que "estaban en la santa presencia de Dios". Y a veces se sorprendía un poco al observar algunas faltas cometidas, olvidando el respeto que se debe guardar ante la sotana, y hasta

ciertos brotes de irreverencia de que él mismo no se consideraba capaz.

Allá en la escuela pública de Ocú el maestro castigaba a veces con el látigo, y en sus piernas todavía quedaba la huella de un castigo colectivo, la vez que se resistieron a solfear por considerar aquello muy poco varonil... Pero aunque el maestro no usaba sotana, enseñaba siempre a rezar, a saludar la bandera, a cantar, y tantas lecciones instructivas como las de La Salle. Era verdad, y lo sostenía sin aceptar que por ello debiera avergonzarse, que los muchachos del interior no querían ponerse los zapatos sino en los días de solemnidad, pero tampoco se podía negar que andar descalzo era positivamente un placer...

Ahora, se hablaba en el Colegio de la Navidad cercana y grupos animados de chiquillos se disponían a escribir sus cartas al Niño Dios, solicitándole juguetes. Creían, poniendo en ello todas sus fuerzas, que encontrarían esos juguetes junto a la cama, al despertarse, después de la misa del Gallo. Lo creían con tanta ilusión, con tal ardor, que la carta al Niño Dios revestía encantos sobrenaturales y era difícil resistirse al contagio. El que osaba negar la realidad de aquella tradición celeste era rechazado con vehemencia del grupo.

Indudablemente todo aquello era maravilloso.

En Ocú la Pascua se celebraba de manera diferente. Nadie vió nunca las tiendas atestadas de juguetes como en la Ciudad, ni los chiquillos conocían la extraordinaria noticia de la carta al Niño Dios. Sin embargo, cuán bella era la Pascua en su tierra!

Y recordaba la aparición de las primeras brisas del verano, el luminoso cambio del tiempo, y con él, las inolvidables novenas de aguinaldo en la Iglesia lugareña, a las que era permitido llevar pitos para tocarlos al final de cada villancico. La mayoría eran pitos fabricados por los mismos muchachos con carrizos silvestres, con hojas de palma, con madera, con calabazos, con *tulas*. De aque-

(Pasa a la Pág. 26)

PRESIDENTES DE PANAMA



Don ENRIQUE ADOLFO JIMENEZ

Presidente Provisional

15, Junio, 1945

La primera Asamblea Nacional Constituyente de la República, en cumplimiento del artículo 140 de la Constitución, nombró en su sesión del martes 16 de Febrero de 1904 Presidente de la República — para el primer período — al doctor Manuel Amador Guerrero, quien tomó posesión el 20 de ese mismo mes y año.

La segunda Asamblea Nacional Constituyente, en cumplimiento a mandato del pueblo, eligió en su sesión inaugural del viernes 15 de Junio de 1945 a don Enrique Adolfo Jiménez, para ejercer el cargo de Presidente Provisional de la República, quien se encargó inmediatamente.

Son éstos los dos únicos casos en nuestra historia republicana. Los que han ejercido el

Poder Ejecutivo lo han sido por elecciones populares o por faltas accidentales o absolutas de los titulares.

□

He aquí los rasgos biográficos del nuevo Presidente de la República:

"Del legítimo matrimonio de don Adolfo Jiménez y de doña Felicidad Brin de Jiménez, nació en esta ciudad Enrique Adolfo Jiménez, el día 8 de Febrero del año de 1888.

Sus estudios primarios los hizo en el "Colegio del Istmo" y tuvo que suspenderlos a causa de la "guerra de los mil días", por cuyo motivo se dedicó al trabajo desde muy temprana edad.

Su primer cargo oficial fué el de Secreta-

rio Privado del Presidente de la República, Dr. Belisario Porras (1912).

En el campo de la diplomacia ha actuado en la forma siguiente: Secretario de la Legación de Panamá en Washington (1922); Secretario de la Legación de Panamá en San José de Costa Rica; Embajador Extraordinario en Misión Especial ante el Gobierno de la República de Cuba, con motivo de la toma de posesión del Presidente Mayor General Fulgencio Batista y Embajador de la República de Panamá ante el Gobierno de Estados Unidos (1941-1943).

Tres veces ha sido electo por voluntad popular, Diputado a la Asamblea Nacional, dos por la Provincia de Bocas del Toro y una por la de Panamá. En varios períodos fue electo Presidente de la Cámara Legislativa. En el año de 1924 y luego en el de 1932 fue elegido por la Asamblea Nacional, Primer Designado para ejercer el Poder Ejecutivo.

En la política es destacado miembro del partido liberal y fundador del Partido Demócrata y su Jefe en la actualidad. Su partido

lo postuló como candidato a la Presidencia de la República en el año de 1936, postulación que más tarde renunció.

En las finanzas panameñas ha sido Sub-Gerente y luego Gerente del Banco Nacional y Presidente de su Junta Directiva; Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda y Tesoro en dos ocasiones, en 1931 y luego de 1932 a 1935 y Gerente de la Lotería Nacional de Beneficencia de 1941 a 1943.

Le ha tocado representar al Comercio de Panamá en la Tercera Conferencia Comercial Panamericana que se reunió en Washington en 1927 y en la Conferencia Panamericana de Comercio Recíproco celebrada en la ciudad de Sacramento, California, en 1930.

Posee las siguientes condecoraciones: Gran Cruz de la Orden de Vasco Núñez de Balboa (Panamá); Caballero de la Legión de Honor (Francia); Medalla al Mérito de primera clase (Ecuador); Gran Cordón de la Orden del Libertador (Venezuela) y Gran Oficial de la Orden del Sol (Perú).

J. A. S.



Facsímile de un quincuagésimo del billete de la Lotería Nacional para el sorteo extraordinario pro monumento Dr. Belisario Porras que se efectuará el Domingo 31 de Marzo de 1946.

Manuel José Hurtado, fundador de la Instrucción Pública en el Istmo

Por JUAN ANTONIO SUSTO

El 16 de Marzo de 1820, el doctor Manuel José Hurtado, natural de Popayán, contrajo matrimonio en la Santa Iglesia Catedral con doña María del Carmen Díaz del Campo, de descendencia peninsular, siendo primer vástago de esa unión el niño Manuel José, nacido el 1º de Diciembre de 1821.

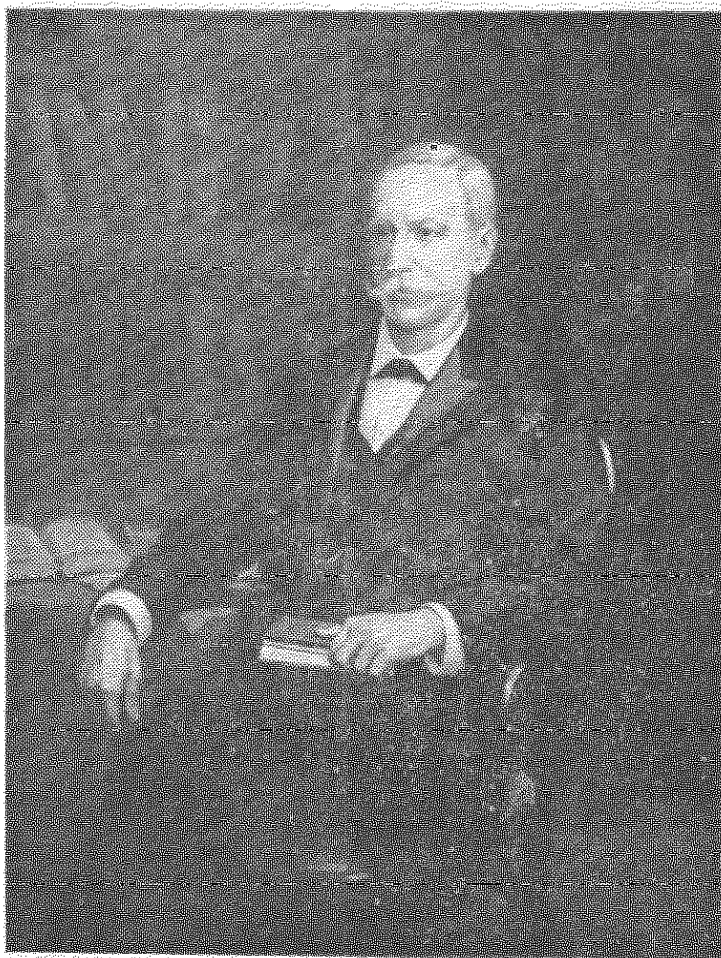
El doctor Hurtado fue nombrado en 1824 Ministro Plenipotenciario de Colombia ante las Cortes de Europa y embarcó en Chagres en compañía de su esposa y de su primogénito Manuel José. Como Secretarios suyos en Londres, fueron don Lino de Pombo y don Andrés Bello. Volvió al Istmo en 1828. Además del niño Manuel José, de siete años, traía dos nuevos retoños que vinieron a la vida en Londres: José Marcelino y Carmen.

En 1834 fue nombrado el doctor Hurtado, Gobernador de la Provincia de Panamá, después de haber ejercido los cargos de Alcalde Primero Cantonal y de Juez Letrado de Hacienda. Fué durante su administración cuando se suscitó el incidente conocido en nuestra historia con el nombre de caso Russell, que estuvo a punto de provocar una guerra entre Colombia e Inglaterra.

Al finalizar su período y luego de hacer entrega del mando a don Pedro de Obarrio en 1836, el doctor Hurtado partió nuevamente para Europa llevándose otra vez a su primogénito Manuel José, que por esta fecha contaba quince años de edad. El joven Hurtado ingresó a un Colegio de Londres, donde terminó sus estudios de Humanidades, trasladándose luego a París.

En 1847, tres años después de la muerte de su padre, regresó Manuel José Hurtado al Istmo, coronada su carrera de Ingeniería Civil, con muy especiales calificaciones, en la Escuela Central de París.

Desgraciadamente no era Panamá sitio propicio para el ejercicio de la ingeniería. Pero esta contrariedad, que sembró en el corazón de Hurtado la primera desilusión, nos colmó más tarde de inesperados beneficios, pues aquellas energías que hubiera dedicado a la práctica de su profesión, necesariamente tuvo



MANUEL JOSÉ HURTADO
(1821 — 1887)

que invertirlas en conducir al Istmo a la cultura popular, como veremos más adelante.

Manuel José y sus hermanos fundaron en 1853 la sociedad comercial "Hurtado Hermanos", a la cual se asoció más tarde el General Tomás Cipriano de Mosquera, Ex-Presidente de la Nueva Granada, y la que fue disuelta en las postrimerías de 1856.

A principios del año anterior — o sea el

de 1855 — Manuel José emprendió viaje a París con el fin de contraer matrimonio con su prima, la señorita Juana Bautista de Fábrega, quien a la sazón estudiaba en un colegio de la capital de Francia. Fruto de esa unión fue Manuelita, hoy Condesa de Des Cordes, septuagenaria ya, quien vive actualmente en París.

En 1858 volvió al Istmo y en 1860 fue elegido miembro de la Municipalidad de Panamá. El nombre de Hurtado duró vinculado a las labores de esa institución hasta 1867, fecha en la que se separó para dedicarse a la enseñanza. Su paso por la Municipalidad fue de lo más fecundo en beneficios para la comunidad. "Campos de sus poderosas energías — afirma don Nicolás Victoria Jaén — fueron las escuelas, las cárceles y los cementerios, y fuera de éstos apenas hay obra pública entre nosotros que no evoque el recuerdo de su magnífica filantropía."

El 1º de Enero de 1868 Hurtado se hizo cargo de la Escuela Pública del Estado. Conocidas como eran sus simpatías por la sagrada causa de la educación, los gobernantes de la época creyeron acertadamente que su nombre, puesto al frente de este ensayo, sería suficiente garantía para su buen éxito. Hurtado celebró contrato por dos años para servir el cargo de Director de la escuela mencionada. Dos años de lucha paciente y tenazmente emprendida contra el oscurantismo y la ignorancia; lapso de obstinada energía durante el cual no valieron los obstáculos ni las dificultades para aminorar el fuego sagrado que llevaba dentro de sí, ni para amenguar la sólida fe que su espíritu tenía puesta en la instrucción pública, como instrumento de felicidad común y como elemento indispensable de armonía, de concordia y de prosperidad.

Era, la que le tocó regentar, una escuela de primeras letras dividida en cuatro secciones: enseñábase en la primera a leer, a contar, y ser obediente, dócil y cortés. En la segunda dábase un curso más amplio de aritmética y lecciones de geografía y de gramática castellana. Recibían los alumnos de la tercera sección conocimientos de aritmética superior, elementos de geometría, de sintaxis y los muy indispensables del idioma inglés. Al frente de este grupo estaba el propio Hurtado. La cuarta sección fue encomendada a monitores especiales, cuidadosamente seleccionados por el Director.

Según un informe rendido por Hurtado en 1869, solo 193 alumnos recibían instrucción en el establecimiento, el único de su índole en la capital! Desconsoladora cifra que habría llevado el desaliento al ánimo de otro cualquiera que lo tuviese menos templado, pero que en el de Hurtado fue poderoso acicate para que redoblase sus esfuerzos, y para que extendiese progresivamente el radio de su acción y la esfera de su saludable influencia. En octubre de 1870, Hurtado se separó de esta importante institución.

Por la Ley 5ª de 21 de Enero de 1871, reorgánica del ramo de Instrucción Pública, se creó la Dirección General de Instrucción Pública y formaron parte de ella Carlos Icaza Arosemena, José Arosemena, Manuel José Lleras y Manuel José Hurtado. Con la Dirección General de Instrucción Pública se iniciaron los primeros colegios nacionales que en el siglo pasado han tenido alguna significación en nuestra enseñanza secundaria: el "Colegio Académico del Estado" bajo la dirección de Manuel José Lleras y el "Colegio del Estado" encomendado a José Manuel Royo, en 1871; y la "Escuela Normal Nacional de Varones", en 1872, a cargo del alemán Oswald Wirsing. Gran parte del éxito de este último plantel se debió a la perseverancia que puso Manuel José Hurtado en verlo, no sólo creado, sino floreciente y próspero, dando de sí, y en abundancia, la nueva savia que, dispersa por el Istmo, lo fecundó tan provechosamente. En diciembre de 1872, como un reconocimiento a todos los desvelos en beneficio de la educación popular, la Dirección lo eligió su Presidente.

Pero en 1876, estalló una revolución y la enseñanza sufrió una terrible crisis. La Escuela Normal se vió obligada a cerrar sus puertas; se suspendieron los gastos referentes a la instrucción pública, se lanzaron, tanto el Istmo, como los demás Estados de la Unión, a una de esas luchas infecundas que fueron tan frecuentes durante el siglo pasado. Hurtado, que vió el peligro que para la enseñanza entrañaba la orden de suspender todos los pagos referentes a la instrucción pública, para dar ejemplo generoso desprendimiento ofreció continuar al frente de los puestos que desempeñaba, sin remuneración alguna, y se prestó a sufragar los gastos corrientes del Colegio Normal con sus fondos personales.

En 1877 se honraba a Hurtado con el nombramiento de Director de Instrucción Pública

Primaria, con jurisdicción en todo el Estado de Panamá, y en ese mismo año escribió:

"No hay en el Estado una Escuela Normal de Mujeres, lo que equivale a decir que las niñas no reciben instrucción... La inmensa mayoría de nuestras mujeres no es hoy más que un campo fértil que produce hijos, como otros producen plantas. Yo no quiero describir aquí el estado de la mujer en el Istmo. La Escuela Normal de Mujeres, es aquí, por tanto, una necesidad."

El General Buenaventura Correoso, Presidente del Estado Soberano de Panamá, inauguró en 1878, la Escuela Normal de Señoritas, dejando así satisfecha otra de las ilusiones de Hurtado. No fue muy fecunda, sin embargo, la labor realizada por el nuevo plantel de educación. Su vida efímera apenas dió lugar a que una docena de señoritas obtuviera en él título de idoneidad profesional. En ese mismo año — 1878 — por una pequeña diferencia personal con el ciudadano Presidente del Estado, Hurtado presentó renuncia de sus puestos.

Gran consternación produjo esta grave resolución de Hurtado. Pérdida irreparable sería ésta, indudablemente, para la causa de la educación popular. Con fecha 9 de Enero de 1879 la Asamblea del Estado expidió un acto legislativo mediante el cual se ordenó que su retrato fuera colocado en todas las aulas de las escuelas en prueba de gratitud por todo lo que esas mismas escuelas le debían.

Los últimos años de su vida fueron de cansancio y de tranquilidad. El 8 de Febrero de 1887 murió, víctima de ataque violento, este ilustre y desinteresado varón panameño...

* * *

Ser grande sin vanidosas petulancias y generoso sin interés; ser magnánimo sin ostentación y sabio sin altiveces egoístas; ser modesto sin hacer de la modestia un baluarte de ambiciones mal disimuladas: eso lo ha podido realizar Hurtado entre nosotros. Maestro, Director, filántropo, consejero, en ninguno de los cargos materiales, ni en los espirituales que ejerció dejó su condición de apóstol.

Sabéis lo que Sarmiento significa para la Argentina, y lo que Bello y Centeno para Chile y lo que Mauro Fernández para Costa Rica en materia de educación popular? Pues una vida parecida a la de los nombrados, una vi-

da semejante a la de ellos por los afanes y por las inquietudes, por la fe y el interés, por la esperanza siempre remota pero inextinguible, fue la de MANUEL JOSE HURTADO, considerado con justicia el Padre de la Educación Popular en Panamá.

* * *

Como complemento a este esbozo biográfico damos a conocer el testamento de Hurtado, documento que reposa en el Archivo Nacional, el cual dice:

"En la ciudad de Panamá, en el Departamento nacional de Panamá, en la República de Colombia, a diez y ocho de Julio de mil ochocientos ochenta y seis, otorgo mi testamento en la forma siguiente. — DECLARO: Que me llamo Manuel José Hurtado: que nací en Panamá el primero de diciembre de mil ochocientos veinte y uno: que fuí el primero que nací en esta ciudad cuando se juraba la independencia de España, cuya acta fué redactada por mi padre; y su firma fué la veinte y cinco que se puso al pie del original. — Que soy hijo legítimo de los señores Doctor Don Manuel José Hurtado, natural de Popayán; y Doña Carmen Díaz, natural de Panamá. Fueron mis abuelos paternos Don Vicente Hurtado y Doña María Ignacia Arboleda, naturales de Popayán y maternos Don Ramón Díaz del Campo, natural de España y Doña Manuela Soparda, natural de Panamá. — Que soy casado con la señora Doña Juana Fábrega, natural de Panamá, que me casé en París el veinte y uno de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y cinco. — Mi consorte es hija legítima de Don Carlos Fábrega, natural de Panamá y de Doña Manuela Díaz, natural de Panamá. Fueron sus abuelos paternos, el General Don José de Fábrega, natural de Panamá y Doña María del Carmen de la Barrera Muñoz, natural de Lima en la República del Perú; y maternos don Ramón Díaz del Campo, natural de España y Doña Manuela Soparda, natural de Panamá. — Que tengo una hija legítima nombrada Manuela, la cual nació el veinte y cinco de Agosto de mil ochocientos setenta y tres. — Que mis ascendientes han fallecido; y no dejo más descendientes que mi legítima hija Manuela mencionada. — Que soy Cristiano, Católico, Apostólico, Romano. — Que mi consorte está al corriente de cuales son mis bienes, derechos y acciones y de mis créditos activos y pasivos. — DISPONGO: Instituyo por mi única y uni-

versal heredera a mi legítima hija Manuela. — Nombro Curador de mi hija a su legítima madre, mi consorte, la señora Doña Juana Fábrega de Hurtado. — Nombro mi Albacea a

mi consorte la señora Doña Juana Fábrega de Hurtado.

(Firmado) MANUEL J. HURTADO.

(Archivo Nacional de Panamá.—Sección de Protocolos.—Notaría Segunda del Circuito de Panamá.—Protocolo Número 2.—Año de 1887.—Escritura Número 104).

114N: 12267 8

Tributo de Panamá a Simón Bolívar

Interesantes Documentos sobre la muerte del Libertador (Diciembre de 1830)



SIMON BOLIVAR

Los documentos que se copian a continuación fueron publicados en la "Gaceta de Panamá", número 5, correspondiente al 28 de Julio de 1870 y son tomados a su vez, de la "COLMENA" periódico científico y literario que redactava en la ciudad de Lima el ilustrado y distinguido panameño, general José Domingo Espinar. Dicen así:

meño, general José Domingo Espinar. Dicen así:

"GACETA EXTRAORDINARIA DE PANAMA.

—Diciembre 28 de 1830.—Parte oficial.

Con fecha 20 de diciembre desde Santa Marta el señor general comandante general del Magdalena dice al de este Departamento lo que sigue:

"Con profundo dolor de mi corazón anuncio a V. S. que el 17 del corriente a la una de la tarde murió el padre de la patria, el excelentísimo señor Simón Bolívar, en una quinta inmediata a esta ciudad a donde había pasado a curarse. Pocos días antes de este funesto acontecimiento, en los momentos en que acababa de hacer sus disposiciones espirituales y temporales, S. E., poseído del más grande interés por la felicidad de la República, dirigió a los colombianos la importante alocución que incluyo a V. S. en copia auténtica.

ALOCUCION DEL LIBERTADOR

Colombianos: — Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tran-

quilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado; mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro.

Yo los perdono.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debeis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual Gobierno, para libertarse de la anarquía, los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

Colombianos. Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cecen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

SIMON BOLIVAR.

Yo, el infrascrito, escribano público, certifico: que el excelentísimo señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar, a mi presencia y a la de los señores ilustrísimo obispo de esta diócesis doctor José María Estebes; general comandante general del departamento, Mariano Montilla; general comandante de armas de Santa Marta, José María Carreño; general de división, Laurencio Silva; el auditor de guerra y marina del departamento, doctor Manuel Pérez de Recuero; el coronel José de la Cruz Paredes, el coronel Belford Wilson; edecán de S. E., el coronel de milicias de Santa Marta, Joaquín Mier; el primer comandante de milicias de Barranquilla y Soledad, Juan Glen, el Juez

político de Santa Marta, Manuel Ujueta; el médico de cabecera de S. E. el Libertador, doctor Alejandro Próspero Reverend; el capitán Andrés Ibarra, edecán de S. E.; el capitán de la guardia de S. E., Lucas Meléndez, y el teniente de la misma guardia José María Molina, firmó la precedente alocución que dirigió a los colombianos, en su entero y cabal juicio, el día diez de los corrientes, después de haber recibido los auxilios espirituales en la hacienda de San Pedro Alejandrino, una legua distante de Santa Marta; y para constancia, firman los referidos señores en la indicada hacienda, a 17 de diciembre de 1830. — José María, Obispo de Santa Marta, — Mariano Montilla. — José Laurencio Silva. — Manuel Pérez de Recuero. — José de la Cruz Paredes. — Belford Wilson. — Edecán de S. E. el Libertador, Joaquín Mier. — Juan Glen. — Manuel Ujueta. — Alejandro Próspero Reverend. — Andrés Ibarra, edecán de S. E. el Libertador. — Lucas Meléndez. — José María Molina. — Ante mí, José Catalino Noguera, escribano. — Es copia. — Juan Antonio Cepeda, Secretario. — Es copia. — Panamá, diciembre 28 de 1830. — El Jefe de E. M., P. A. Izquierdo.

* * *

JOSE DOMINGO ESPINAR,

General de Brigada de los ejércitos de la República, Prefecto y Comandante General del Departamento del Istmo, &...

Por cuanto acabo de recibir noticia oficial de que S. E. el Libertador Simón Bolívar ha fallecido en una quinta inmediata a la ciudad

de Santa Marta, el día 17 de este mes, y debiéndose dar un testimonio público del sentimiento que causa a todo colombiano tan infausta nueva, como también manifestarle los recuerdos a que justamente es acreedor el padre de la patria, el mejor y más digno ciudadano de Colombia, he venido en decretar y decreto:

Artículo 1º En todas las parroquias de este departamento se celebrarán los funerales de S. E. con la mayor suntuosidad posible, sin omitirse gasto alguno, el cual será cubierto preferentemente con los fondos de fábrica de las iglesias, y en su defecto con los municipales.

Artículo 2º Los jueces políticos en las cabeceras de los cantones y los alcaldes parroquiales en las demás parroquias, tan luego como reciban el presente decreto, se pondrán de acuerdo con los señores curas para que tenga efecto lo prevenido en el artículo anterior.

Artículo 3º Todo ciudadano sea o no empleado, llevará luto cerrado por tres meses, y medio luto por otros tres.

Artículo 4º Publíquese y circúlese a quienes corresponde para su puntual cumplimiento.

Dado, firmado de mi mano y refrendado por el secretario de la Prefectura en Panamá, a 28 de diciembre de 1830.

JOSE D. ESPINAR.
Agustín González,
Secretario.

Simón Bolívar

Por JOSE GUILLERMO BATALLA

No tuvo nuestra América gloria mejor ganada
que la de este famoso y aguerrido varón
que escribió con la punta de su fulgente espada
las páginas más bellas de la Emancipación.

Su vida fue una fértil e intrépida cruzada
contra el odiado imperio de la vil opresión,
una heroica epopeya digna de ser llevada
más que en el pensamiento, dentro del corazón.

Un día, ya dolido de ver que en sus laureles
augustos derramaba la Ingratitud sus hieles,
en un gesto sublime de perdón y bondad
para los responsables de tanta villanía,
y aconsejando el culto feliz de la armonía,
se fue para el Olimpo de la inmortalidad.

AMORES DE BOLIVAR

Por ERNESTO J. CASTILLERO R.

III

ANITA LENOIT,

La Madamita del Magdalena.

Bolívar ha desembarcado en 1812 en Cartagena de Indias e iniciado su campaña para libertar a la Nueva Granada. Es ya Coronel. Milita a las órdenes del Comandante francés Pedro Labatut, del cual pronto se separará para proseguir su jornada victoriosa Magdalena arriba, conquistando en sus riberas, con ataques afortunados, éxitos que acrecientan por grados su incipiente fama. Y allí, en una pobre ranchería del gran río colombiano, denominada Salamina, el temperamento amoroso de Bolívar prende un idilio original en que se pone de manifiesto el afecto pasional de una francesita que vive en aquellas soledades.

Hija de inmigrantes franceses, la extranjera es la admiración de los bogas del río que hablan de la *Madamita* con simpatía admirativa. Bolívar decide visitarla. Entre el guerrero y la joven se hilvana una conversación superficial, pero interesante para ésta porque es en el idioma patrio que ella no escucha hace tiempos, sino es el de sus padres.

Del coloquio nace una mutua simpatía. Anita Lenoit con sus diecisiete abriles es simpática, rubia, de ojos azules y de cuerpo bien formado. Habla con timidez al principio, pero con gracia. Luego se pone locuaz. Sabe igualmente escuchar embelesada a su interlocutor el relato de sus hazañas en la lejana patria que ha abandonado para venir a libertar al pueblo granadino, y oyéndole se siente poseída de admiración y simpatía hacia el joven oficial.

Uno y otro día, a la hora del crepúsculo, el Coronel visita a la joven hallando gusto ambos en aquel encuentro y en la charla baladí que los dos sostienen. Pero un día falta él a la cita por ocupaciones en el campamento y al siguiente Anita lo hace llamar: está enferma. Bolívar, solícito la cuida esa noche y su compañía obra el milagro de mejorarla.

Llega la hora de la obligada separación. El inicia su marcha remontando el río y ella

le ve alejarse con lágrimas en los ojos y agitando su manita blanca. El romance de Salamina parece roto.

Bolívar lucha aquí y allí. Acomete a Tenerife (23 de diciembre) donde los españoles le presentan mayor resistencia y toma la población a sangre y fuego. Cuando, terminada la jornada, el victorioso se dirige a la casa que le han preparado para descansar, cuál no es su asombro al encontrar esperándole a la bella francesita que ha dejado muy atrás hace varios días. Esta le recibe con gesto cariñoso.

—Puedo saber, señorita, —fue la pregunta seca de Bolívar en correspondencia a la melosa acogida,— cuál ha sido la causa de su inesperado viaje aquí?

—Muy sencillo, señor, le responde, he resuelto no separarme más de Ud.

—Pero no advierte que siguiendo en pos del ejército expone su decoro?

—Y qué importa mi decoro si satisfago mi anhelo de estar a su lado?

—Cuál es su propósito siguiéndome en medio de tantos peligros?

—Morir con Ud., dícele entre sollozos, pero con voz resuelta la muchacha.

No cabe mayor resolución. Bolívar enternecido cólmala de mimos, la sienta a su lado en la mesa, pero a pesar de admirar y agradecer aquella adhesión incondicional de la bella criatura, puede más en él el razonamiento sobre la imposibilidad de llevarla en su compañía y con ruegos, y la promesa de volver para casarse con ella, logra hacerla regresar a la mañana siguiente a Salamina.

Año tras año "la madamita del Magdalena" ha esperado en aquel solitario y mustio villorio a su amante. Este cabalgaba vencedor sobre la cresta nívea de los Andes y se alejaba hacia remotos países que su espada

iba liberando. En tanto, Anita envejecía en la paciente espera.

Dieciocho años después de aquel pasaje-ro coloquio, el Libertador casi moribundo bajaba por última vez el gran río en compañía de la muerte que de cerca le acechaba celosa. Al pasar por el olvidado paraje, surgió de repente en su memoria el recuerdo de la rubia francesita y preguntó por ella. Nadie supo darle razón. Pero sabedora ésta del su-

ceso, corrió a Cartagena, de allí a Barranquilla y luego a Santa Marta, tras la ilusión de encontrar a su prometido. Creía, inocente, que ahora le cumpliría la oferta de hacerla su esposa.

Cuando al fin llegó junto a él, estaba muerto. No le quedó otro consuelo que acompañar su cadáver a la tumba y regar la huesa de flores perladas con las lágrimas de sus azules y todavía hermosos ojos.

7728 122 632

LA "REVISTA de AMERICA" y PANAMA

Por ESPLANDIAN

(Gil Blas Teixeira)

Diez veces ha salido ya la "Revista de América", publicación mensual de "El Tiempo" de Bogotá, fundada por Eduardo Santos y Germán Arciniegas, nombres de caudaloso prestigio en las letras hispano-americanas.

Firmas notables en todo el continente vienen prestigiando esta revista. En el número 9, correspondiente a septiembre, aparece un trabajo del doctor Octavio Méndez Pereira sobre el presidente Roosevelt y en el de octubre, que tenemos a la vista, contribuye el profesor Ernesto J. Castillero R. con una interesante monografía sobre Fernando de Lesseps, "El Gran Vencido", como lo califica el historiador panameño.

Reducida es la lista de los istmeños que han dedicado sus esfuerzos a desentrañar nuestra historia. Dentro de esta lista, Castillero R. ocupa puesto conspicuo.

Ernesto J. Castillero R. pertenece a la primera hornada de nuestros graduados por la Normal del Instituto Nacional. Nacido en Ocu hace más de cincuenta años, diplomóse de maestro en 1913 y fué a prestar servicios como tal en Antón, donde fundó su hogar bendecido por los dioses con numerosa descendencia. Dedicó sus talentos a la enseñanza con celo ejemplar y los ratos que le dejaron libres tales menesteres, a la búsqueda de documentos sobre nuestro pasado y a la exposición e interpretación de los mismos.

Sus puntos de vista, muchas veces conser-

vadores, han ocasionado apasionadas controversias provocadas por escritores panameños de más avanzado criterio sociológico. Mas cualquiera que sea el pensamiento del lector, hay que convenir en que Castillero ha contribuido como el que más de nuestros historiadores a aportar documentos y glosas relativas a nuestro pasado, cuya consulta ha de ser imperativa para quien intente algún día presentar como unidad vertebrada la aventura de la civilización en la tierra istmeña.

Castillero R. es actualmente director de nuestra Biblioteca Nacional. Pesa sobre él la amenaza de una "jubilación" que, de llegar a cumplirse, acaso haría más daño que provecho a la labor investigadora a que se viene dedicando desde sus mocedades.

La revista panameña "HECHOS" sugirió, en su última edición, la conveniencia de enviar a Castillero, con un cargo oficial, a la capital colombiana, en cuyos archivos reposan muchos documentos relativos a nuestra historia. Castillero parece ser uno de los panameños más señalados para aprovechar debidamente estos documentos mediante una cuidadosa selección.

La "Revista de América", al publicar el trabajo de nuestro compatriota, hace un cumplido elogio del mismo, elogio que hemos de tener como desapasionado y por ende justo.

Por qué no nosotros?

Siempre que cae en nuestras manos una

publicación del tipo de la "Revista de América" a la que dedicamos los comentarios anteriores, surge en nuestra mente esta dolorosa interrogante: Por qué Panamá no ha podido estabilizar nunca una publicación semejante?

Muchas tentativas se han hecho para dotar a Panamá de una revista permanente que sea índice y estímulo de nuestra cultura, desde "El Heraldo del Istmo", a poco de iniciada la era republicana, hasta "Alfa", de reciente fundación y muerte.

En 1919 el portorriqueño Nemesio Canales, el argentino Julio R. Barcos y los panameños J. D. Moscote y Pedro López fundaron "CUASIMODO", sin duda el esfuerzo más vigoroso que jamás se haya hecho entre nosotros para crear algo de valor continental. Mas "CUASIMODO" cubrió tan sólo algo más de un año de vida. Su ideología, manifiestamente izquierdista, le ganó malquerientes y le creó invencibles tropiezos.

Larga de enumerar sería la lista de todas las revistas que han tratado de aclimatarse en Panamá. Hoy mismo circulan algunas que viven por la perseverancia inquebrantable de sus directores, pero que no llegan a cubrir siquiera el terreno nacional.

Podría pensarse que alguna de nuestras empresas editoras que hoy se dedican a servir periódicos diarios podría, como ha hecho "El

Tiempo" de Bogotá, crear la anhelada revista. Pero, doloroso es confesarlo, nuestra gran prensa no se atreve a especular en nada que vaya más allá del diario comercial, de lucro fijo en virtud de los numerosos anuncios que se adquieren en nuestro próspero comercio de Panamá y Colón.

Páginas Literarias.

Dos diarios panameños: EL PANAMA-AMERICA y LA NACION, sirven todos los sábados sendas páginas literarias. La primera de ellas está a cargo de uno de nuestros más altos valores jóvenes, Rodrigo Miró, cuya inclinación a la crítica tanto social histórica como literaria, ha imprimido sello característico a la hoja que sirve. La segunda es arreglada por uno de nuestros poetas consagrados, menos modernos que Miró, pero gustado también por el público lector. (1)

La buena acogida que estas páginas han tenido son prueba de que el panameño sí lee cosas interesantes cuando las sirven con buen espíritu.

Con todo, no hemos creado verdaderos instrumentos de difusión cultural, publicaciones que tiendan a mejorar el gusto de nuestro público y a servir de exponentes de nuestra cultura dentro y fuera del país.

(1) Demetrio Korsi.

Lotería Nacional de Beneficencia

**ES UNA EMPRESA NACIONAL DONDE UD. DEMUESTRA
SU PATRIOTISMO AYUDANDO A SOCORRER LAS
NECESIDADES DE LOS PANAMEÑOS NECESITADOS ...**

**ES UNA EMPRESA HUMANA DONDE PUEDE HACER
FORTUNA AYUDANDO A LOS DESAFORTUNADOS**

JUEGUE A LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

GUERRA A LA HAMACA

Por ARMANDO RECLUS

El oficial de la marina francesa Armando Reclus estuvo por primera vez en el Istmo de Panamá en 1876, como segundo jefe de la comisión encargada de estudiar los proyectos sobre el Canal de Panamá, la cual dirigía el ilustre Luciano Napoleón Bonaparte Wise.

En el año de 1881 se publicó en Madrid un libro de Reclus que lleva por título "Exploraciones a los Istmos de Panamá y de Darién en 1876, 1877 y 1878".

De la página 32 de ese volumen, tomamos estos párrafos en donde el autor le declara la guerra a la hamaca.

"A la entrada de la ciudad de Panamá, la gente desocupada no deja de detenerse en el *"Hotel del Paraíso"*, casa de M. Clement, un francés, hombre notable, cuya historia es semejante a la de muchos aventureros que se hallan en el Nuevo Mundo. Habiéndole devorado un incendio su primera fortuna, de alguna consideración, supo proporcionarse una segunda con el paso de los millares de mineros, en la edad de oro de las colocaciones. Esta, y dispénsenos la frase, se la bebió, a fin de no tener nada que temer del fuego; realizó después la compra de un pequeño establecimiento, y dedicóse a engrandecerlo con todas sus fuerzas y cuidados. Por fortuna el sitio está bien escogido, los árboles de su jardín prestan una sombra tan fresca y tan agradable, que es hoy uno de los grandes puntos de paseo; mucha gente acude allí a tomar un refresco bajo los grandes árboles. Las hamacas, amigos pérfidos, más peligrosos que el clima,

la prostitución y la embriaguez! Se las encuentra por todas partes, en todas las habitaciones de la casa, o ya suspendidas de las ramas en los bosques. Parece que os llaman, que os convidan; ellas os mecén deliciosamente en aquella cálida atmósfera durante la pesadez que después de la comida se apodera del cuerpo. ¡Se estira uno en ellas con tanta satisfacción, después de una excursión por la selva! ¿Dónde mejor que en aquel lecho aéreo puede lucharse con cualquier importuna idea, en tanto que con los ojos entornados se miran ascender las azuladas espirales de humo que despiden el cigarro?

¡Desgraciados de vosotros si vuestra alma no está lo bastante bien templada para resistir la molición de aquel lugar de perdición, porque bien pronto pasaréis allí los días enteros, sin tener fuerzas para salir; el hombre más activo se convertirá en indolente, soñoliento siempre, al que minará la anemia. El primer deber de todo aquel que quiera conservar su energía física y moral, es declarar una encarnizada guerra a la hamaca. El dictador que dispusiera de bastante poder para hacerlo y decretara la inmediata destrucción de todas ellas, haría al país el servicio más grande y digno de tenerse en cuenta cuando se hablara de los realizados en pro del mejoramiento moral y material del país".



**Proteja a la Lotería Nacional
y protéjase usted mismo
comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia**

EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA PARA GABRIELA MISTRAL

Gabriela Mistral en Panamá

Por J. A. S.

"Empecé a enseñar, como maestra rural, a los quince años... Pasé a la enseñanza secundaria... Soy cristiana, de democracia total. Creo que el cristianismo, con profundo sentido social, puede salvar a los pueblos. He escrito como quien habla en la soledad. Porque he vivido muy sola en todas partes... El pesimismo es en mí una actitud de descontento creador, activo y ardiente, no pasivo. Admiro sin seguirlo el budismo, que por algún tiempo cogió mi espíritu... Mi pequeña obra literaria es un poco chilena por la sobriedad y la rudeza... Vengo de campesinos y soy de ellos. Mis grandes amores son mi fé, la tierra, la poesía".

Quien lo anterior escribe es Lucila Godoy Alcayaga, nacida el 7 de abril de 1889 en Vicaña, Telquí, República de Chile, hija de maestros, profesión que ella siguió y que continuó ejerciendo con fervorosa consagración en su tierra natal y en México...

En Santiago de Chile, con motivo de unos juegos florales, por el año de 1914, se le adjudicó la flor natural por tres bellísimos sonetos firmados con el nombre de "Gabriela Mistral" que resultó ser la modesta profesora quien a los veinte años escribió el poema "La Maestra Rural".

A las playcos istmeñas llegó en las postrimerías de Agosto de 1931. Aquí la Municipalidad la declaró "huésped de honor"; dictó tres conferencias; la Escuela Profesional la agasajó y la Normal de Institutoras le discernió su más alta consagración: la Orquídea de Oro, nuestra simbólica Flor del Espíritu Santo. En este último plantel de educación dijo:

"No hay que creer que nadie destruye a nadie, pero tampoco que nadie hace a nadie. Fuera de Dios, sólo nosotros nos hacemos el bien o el mal".

Con motivo de habersele otorgado a Gabriela Mistral el Premio Nobel de Literatura ofrecemos a nuestros lectores esta página, en honor de la distinguida educadora chilena, gloria de nuestro continente y orgullo de las letras mundiales.

Gabriela Mistral

Por ESTHER NEIRA DE CALVO

"Y he aquí que a nuestras playas llegó la maestra nazarena sola y cansado el cuerpo pero hecha de su alma un haz de fuerzas y de fé, caldeado su espíritu por la ardiente llama de la inspiración..."

En nuestros jardines se oyeron sus pasos, lentos y seguros, en nuestras aulas vibró su espíritu, nuestro templo le abrió sus puertas. Ha entrado; tras ella han quedado estelas de luz y, miradla: como el Divino Maestro en la montaña, se ha sentado para decir su palabra... descansa su cuerpo fatigado entre niños y flores del campo, mientras su mirada se clava en cada mirada nuestra y se graba en ellas su imagen que es la imagen de la maestra de un continente.

Dinos, mujer transida de ternura con alma toda Fé, qué traes para dejar en esta casa que debes amar porque en ella se forman espíritus de Maestras? Maestra inspirada por Dios, maestra buena, maestra fuerte, mira la juventud que te rodea; son las madres, las maestras del futuro; dales tu Evangelio para secularlo en piedra con letras de oro en las paredes de sus aulas. Enséñales, maestra, díles cuánto deben hacer.

Señores: Quiero confesarles que Gabriela Mistral es la inspiradora de casi toda mi labor de maestra y que también ha sido mi fuerza. En una de sus charlas de estos días nos ha dicho, refiriéndose a su obra, que cree no haber hecho más que trazar los programas que otros han cumplido. Y qué más? Eres el motivo de la obra. Sin tí no habrían tenido principio; encarnas la idea, eres la inspiradora y das la fuerza. Cuántas veces, en mi trabajo diario de maestra, en mis ratos de honda amargura y desconsuelo, he abierto tus libros y leído con avidez en ellos para saciar mi sed de inspiración, de paz interior, de perdón y de reposo!

Cuántas veces he hecho mía tu oración; esa que dijiste al Señor, herida por el dolor que da en el trabajo la incompreensión y la injusticia de los que no quieren que hagamos bien.

(Palabras de doña Esther Neira de Calvo, Directora de la Escuela Normal de Institutoras, en la noche del 3 de Septiembre de 1931).



GABRIELA MISTRAL

Tamborito Panameño

Por GABRIELA MISTRAL

De una parte mar de espejos, Donde es bosque de quebracho
de la otra serranía, Panamá y especiería,
y partiéndonos la noche apuñala de pasión
el tambor de la alegría. el tambor de la alegría.

Emboscado silbador, Los muñones son caoba
cebo de la hechicería, y la piel venadería,
quifio de la media noche, más loco a cada tumbo
panameña idolatría... el tambor de la alegría.

Jadeante como pecho, Vamos donde tú me quieras,
que las sierras subiría, que era donde me quería.
Y la noche que se funde Imbozado de las greñas,
del tambor de la alegría. tamborito de alegría.

Danza de la gente roja, Como el niño que en el sueño
fiebre de panamería, a su madre encontraría,
vamos como quien se acuerda vamos a la noche roja
al tambor de la alegría. del tambor de la alegría.

Mar pirata, mar fenicio, Vamos por ningún sendero
nos robó a la paganía, que el sendero sobraría,
y nos roba al robador por el tumbo y el jadeo
del tambor de la alegría. del tambor de la alegría.

Gabriela Mistral

Por OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

"La conocí hace varios años en el Instituto de Cooperación Intelectual que funciona en París. En ese marco antiguo, lleno de historia de Francia, la encontré en compañía de Víctor Belaúnde y de Francisco García Calderón. Se me reveló entonces como una persona poco comunicativa, ensimismada y hierática, un tanto en contradicción con lo que había leído de ella..."

En estos días, ahondando con más intimidad psicología de Gabriela, he debido rectificar radicalmente mi criterio respecto a ella. No es la pedagoga estereotipada, la maestra estrecha, de gestos estudiados y remilgados, sino al contrario el espíritu amplio que ve la vida, como ella dice, con un pesimismo constructor y dinámico, acaso con una filosofía estoica o un escepticismo jovial, bienhechor y comprensivo, inspirador inconsciente de ánimo para los débiles y los desfallecientes.

Nutrida con la savia de su propia tierra chilena, que estrechan dos inmensidades, la inmensidad del mar y la inmensidad de la montaña, Gabriela ha alcanzado en su verso y en su propia una profundidad extraordinaria. El poeta es como el árbol que para elevarse necesita hundir bien en la tierra sus raíces; y cuánto más hondo arraiga, más eleva su copa al cielo. Cuanto más raizal tanto más humano y más profundo también, es el alma del poeta. Y cuanto más profundo, tanto más se halla a sí mismo y, hallándose, llega a la esencia del alma humana.

Su espíritu multiforme, solitario y armonioso, se aquilata mientras tanto en "la dicha del sufrir", que es la dicha de los santos y los poetas. Precisamente se ha reconocido que esta herida divina que sangra eternamente del corazón es la poesía.

Gabriela siente constantemente su desgarrón con renovados transportes dolorosos de maternidad. Ella misma ha cantado este suplicio.

La Oración de la Maestra

Por GABRIELA MISTRAL

"Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñé; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aun me turba, la mezuquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incompreensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé...

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

Amigo, acompáñame! sosténme! Muchas veces no tendré sino a Tí a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harta de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente del amor".

"Tengo ha veinte años en la carne hundido —y es caliente el puñal—

un verso enorme, un verso con cimeras de pleamar".

(Palabras del doctor Octavio Méndez Pereira, al hacer la presentación de Gabriela Mistral en la Escuela Normal de Institutoras, en la noche del 31 de Agosto de 1931).

Curiosidades Históricas de Natá

Por AGUSTIN IAEN AROSEMENA

ACTA DE LA FUNDACION DE NATA

PEDRO ARIAS DAVILA, teniente Gl. gobernador de los Reynos de Castilla de Oro (que así se llamaba entonces la ciudad de Panamá y su provincia) por el emperador, la Reina Da. Juana y su hijo. Sábado, 22 de Mayo de 1522, fundó la ciudad de Natá y en 26 de dicho día, mes y año se juntaron a elegir alcaldes los fundadores, que fueron Francisco Compañón, Fdo. Ponce de León, Fernando de Soto y otros hasta 25. Hizo oficio de Alcalde Mayor el Licenciado Gaspar de Espinosa, eligieron 4 y de ellos escogió 6 el susodicho pasó esto ante Antón Quadrado, escribano público del dicho Ayuntamiento nombrado por el dicho Pedro Arias Dávila consta en escrito público en el archivo de la ciudad de Natá en cuya fundación ahora hay cincuenta mil cabezas de ganado mayor estas que acuden al rodeo que llaman, sin el cimarrón fugitivo.

LA CIUDAD DE NATA

La fundación de Natá, refiere Herrera, dista de la de Panamá, cuarenta leguas y es la cabeza del partido y alcaldía mayor en que se comprende la villa de los Stos. En dicha ciudad se recibe primero el Alcalde Mayor porque de allí salieron, como más antigua, los fundadores, los que fundaron la villa. Tiene dos Alcaldes de SSa. hermandad, alferes real que costó 400P/, escribano de cabildo 10P/, tres capitanes, uno de infantería española, otro de a caballo y otro de negros y zambos, y otro de indios. La advocación de la iglesia es Santiago. Patrono de labradores. San Pedro Mártir tiene siete altares con el mayor.

COFRADIAS

El SSmo. Sacramento y una Sa. de la Concepción tiene de renta 250P/. La del SSmo. Xpto. tiene un hato de 309 reses. Las benditas ánimas del Purgatorio con 3v cabezas. La de Ntra. Sra. del Rosso un hato de 300 reses. La de la Candelaria, un hato de 400 reses. Jesús Nazareno un hato de 200 reses. Na. Sra. de la Soledad, 100 y de rentas... La de San Sebastián de los criollos esclavos, de limosnas. Dos Curas, uno con título de vicario con colación por el patronazgo. Ay cinco clérigos,



Iglesia de Natá de los Caballeros.

sacerdotes asistentes. Habrá en su jurisdicción 100 v. cabezas de ganado vacuno y bestias.

(Relación copiada de los documentos de Muñoz que existen manuscritos en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, en Madrid. Su fecha debe corresponder con la del año 1656 poco más o menos).

(Obsequio del historiador panameño D. Juan B. Sosa a la sociedad GASPAR DE ESPINOSA de Natá. Año 1917).

LAS CAMPANAS

Las cuatro campanas que ostentaba la magnífica torre de la iglesia de Natá y que han sido destinadas al Museo Nacional, fueron construídas, tres de ellas, en 1690 y la última, que es la mayor de todas, en 1804. Esas campanas conservan todavía, de manera legible, las siguientes inscripciones.

- I) Sr. Santiago el Mayor. 1690.
- II) Sr. San Joseph y Santa Rosa. 1690.
- III) Sanctísimo Sacramento y Purísima Con-

cepción. Vic. D. D. D. Alex Alfonso. Afag. I. O. Al, ph, Nat. Hisp. Fecit. Año 1690.

IV) Se hizo a pedimento del Ilustrísimo S. D. D. Manuel Acuña, Obispo de Panamá. Lyma año de 1804.

(Nota del discurso de don Héctor Conte B., pronunciado en el atrio de la iglesia de

Santiago Apóstol de Natá, el 8 de Marzo de 1922, día de San Juan de Dios).

Esta copia ha sido tomada de la sección EFEMERIDES COCLESANAS del periódico EL COCLESANO, número 1, del 15 de Mayo de 1931, del que fue director el Señor Agustín Jaén Arosemena, Penonomé, R. de Panamá.

TITN: 122647

Apuntes sobre Darío Herrera

Por RODRIGO MIRO

Hace un cuarto de siglo, el 10 de Junio de 1914, murió en Valparaíso Darío Herrera, el poeta y escritor en cuyo desagravio — porque sus veinticinco años de muerto son otros años de olvido (1) — se escriben estas líneas. Sabemos, doloroso es confesarlo, muy poco de su vida; y cosa similar ocurre con respecto de su obra, en su mayor parte diseminada por diarios y revistas del continente. Un valor aproximado y condicional ha de tener, pues, mucho de lo que acerca de él yo diga aquí.

I

En la ciudad de Panamá, el 18 de Julio de 1870, nació Darío Herrera, cuando la urbe agitada de hoy no era, precisamente, verdadera ciudad, ni soñaba con su prosperidad actual. Su madre: doña Juana de la Rosa, hija de Penonomé. Su padre: don Lino Clemente Herrera, natural de Vélez, Colombia. (2)

Dónde estudió Herrera no he podido averiguarlo. En cambio, don Juan Antonio Guizado, evocando su amistad juvenil con el poeta, me ha permitido vislumbrar algo del muchacho de entonces. Delicado y enfermizo, de carácter difícil, así era Herrera el joven. Pertenecía, lo mismo que Guizado, a la "Sociedad Minerva", agrupación mitad deportiva mitad literaria, donde "se discutía y se estudiaba", según las propias palabras de don

(1) Este trabajo, completamente revisado ahora, fué leído en el acto conmemorativo que, al cumplirse el vigésimoquinto aniversario de la muerte de Herrera, se llevó a efecto en la Universidad Nacional.

(2) "El infrascrito Cura del Sagrario, certifica: que en el libro de bautismos del año 1870, existe la siguiente partida: 'Número 136.—En la ciudad de Panamá, a veinticinco de Diciembre de mil ochocientos setenta, Yo el Pbro. Antonio S. Sanguillón, Cura interino de la Parroquia San Felipe Neri, Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a un niño que nació el dieciocho de Julio del presente año, a quien puse el nombre de Darío del Carmen, hijo legítimo de los señores D. Lino Clemente Herrera y Da. Juana de la Rosa; fueron padrinos los Sres. D. Gregorio Miró y Da. Fermina Arosemena, a quienes advertí su obligación espiritual y parentesco y para que conste lo firmo. Pbro. Antonio S. Sanguillón.' Es Copia. Panamá, Enero 14 de 1911.—José Quinzada".



DARIO HERRERA en 1908

Juan Antonio. Debíó suceder esto por el noventa, ya que tres años después Herrera aparece colaborando en la prensa periódica del país, como un escritor respetado, y, dato de mayor interés, al tanto de las nuevas corrientes literarias. En seguida le veremos actuando como secretario de la Alcaldía, durante la gestión de don Francisco de la Ossa, hasta el momento de su voluntaria expatriación. En efecto, en 1897 marchó al sur. Estuvo en Ecuador, en Perú, en Chile, rumbo a la Argentina. Allí trabajó para "La Nación", de Buenos Aires, y colaboró asiduamente en "El Mercurio de América". Y en la ciudad porteña editó, en 1903, *Horas Lejanas*, breve volumen de cuentos, su único libro publicado. Ese año, y con motivo de nuestra separación de Colombia, fue designado Agente Confidencial en la patria de Sarmiento, ocurrencia que le obligó

a renunciar la cátedra de Historia de la Literatura que dictaba en la Escuela Superior de Guerra. Escribió entonces varios artículos en defensa de la nueva república, artículos cuyo desconocimiento nos ofende, y que sospechamos más trascendentes que su efímera gestión oficial, pues, a las pocas semanas de nombrado, pidió Herrera se cancelara la designación, porque así lo exigía "la dignidad nacional". Al parecer, los círculos oficiales argentinos manifestaron simpatías por Colombia, desaprobando lo efectuado en Panamá.

Pero si fracasó en su misión política, misión circunstancial, por lo de más, la experiencia del viaje resultó harto fructuosa para el artista. Muchos de sus poemas mejores están firmados en Perú o la Argentina. Y el volumen de cuentos publicado en Buenos Aires, es una inequívoca glosa literaria de su peregrinación por suramérica. Allí una crónica de ambiente guayaquileño; cuentos de ambiente chileno y cuentos de ambiente argentino. Por otra parte, en su constante caminar fue anudando buenas amistades. A su paso por Lima conoció a Chocano y los hermanos García Calderón. Y José Luis Cantilo, Leopoldo Díaz, Angel Estrada hijo, Luis Berisso, Carlos Ibarguren, Lugones y muchos otros fueron los amigos y compañeros de sus horas bonarense. A buen número de ellos están dedicados los relatos del citado libro.

En Marzo de 1904—todavía en la Argentina—sufría Herrera graves dolencias nerviosas. Y en Septiembre de ese año nuevamente miraron sus ojos el paisaje natal. El grupo de intelectuales que capitaneaba entonces don Guillermo Andreve lo recibió entusiasta, y "El Herald del Istmo" se engalanó con un retrato suyo.

Mientras duró su corta permanencia en el Istmo le tocó actuar como jurado de un concurso organizado por la revista de Andreve, interesada en premiar los mejores sonetos que se escribieran con motivo del primer aniversario de la independencia. Contestó también, por aquellos días, una encuesta de la misma revista, que preguntaba si convendría al desarrollo de la literatura nacional el influjo de los Estados Unidos de Norteamérica. La opinión de Herrera denuncia una típica mentalidad literaria, peligrosa en su descuido de los factores políticos y sociales.

En Noviembre de 1904 se le nombró Cónsul en Saint Nazaire, y marchó a Francia. An-

tes de posesionarse del cargo, el hombre de letras se encaminó a París, vasallo voluntario de la "gran cosmópolis cerebro del universo", como decía una pintoresca nota de adiós. Empero, no bien hubo llegado, una seria afección cerebral le atacó, sometiéndole al cuidado médico. Fue atendido, también, por don Roberto Lewis, nuestro máximo pintor, entonces Cónsul General en aquella ciudad. Aunque pronto restablecido, Herrera no ocupó su destino consular. Y debió permanecer en París algún tiempo, porque sabemos que allá le recordaban con cariño. A ello aludía, en trance evocativo, don R. Morales de la Torre, uno de los contertulios de París, que vivió entre nosotros en 1908. (3)

En Junio de 1905, a su paso por La Habana en viaje de regreso a Panamá, Herrera fue agasajado por los escritores de la isla. La revista de Pichardo, "El Fígaro", y otras publicaciones cubanas manifestaron su admiración por la obra del visitante, y dieron a la estampa cosas suyas. Y el 10 de Julio siguiente, retornaba por segunda vez a su tierra. Pero, Ulises incorregible, no tardó en seguir su peregrinaje. Ahora rumbo a Lima. En la "ciudad de las leyendas" le esperaba la amistad de los García Calderón, quienes, camino de Europa, nos anunciaban en Abril de 1906 su próximo regreso. Herrera volvió, sí, pero en 1908.

Mediaba el año de 1906 cuando abandonó el Perú con intención de ir a Guatemala. Quebrantos de salud le obligaron, sin embargo, a permanecer en El Salvador. Como en todas partes, los círculos intelectuales de la pequeña república le acogieron cordialmente: "La Quincena" dedicó un número al poeta huésped, reproduciéndole versos y prosas, y juicios varios sobre su labor. (4) Ya recobrado de sus males físicos volvió a su eterno ambular, y fue a México, donde amistó con Luis G. Urbina. En México vivió un año, dedicado a faenas periodísticas, según nos cuenta en una de sus crónicas. Y en 1908, lo apuntábamos no ha mucho, tornó a la patria. Agregóse enseguida a la redacción de "Nuevos Ritos".

En Noviembre de 1908 es nombrado Vicecónsul en Callao. En Enero de 1911 se le asciende al rango de Cónsul General. Por esa

(3) Ver R. Morales de la Torre: "Recuerdos de París", en el No. 36 de "Nuevo Ritos", de 30 de Septiembre de 1908.

(4) Hoy conocemos todo ese material gracias a la cooperación de Yolanda Camarano, y a la amable solicitud del señor Salvador Cañas, de El Salvador, que tuvo a bien copiarlo y enviárselo.

época casó. (De su matrimonio queda un hijo, Darío Herrera Paulsen, hoy domiciliado en Lima, y dueño de un libro inédito, lírica herencia paterna.) Por último, el 9 de Enero de 1913, es trasladado a Valparaíso, Chile, con el cargo de Cónsul. En Valparaíso vivió hasta el momento de acabar.

Consignemos—para nuestra vergüenza—que la muerte de Herrera no provocó la repercusión que teníamos el derecho de esperar. El "querido amigo y compañero", el "ilustre escritor", el "exquisito" de que no se cansaron de hablar los literatos de la amanecida republicana, apenas si mereció una escuálida nota convencional, aparecida en "La Estrella de Panamá" al día siguiente de su muerte, y unas breves líneas publicadas en "Nuevos Ritos", donde se protestaba por la indiferencia con que fue recibida la noticia lamentable y no se hacía cosa mejor que prometer para después un comentario extenso, que nunca apareció. Un año más tarde Gaspar Octavio Hernández—abónese a su favor—nos dijo, retórico y ampuloso, algo sobre la significación real del escritor y del poeta. Desde entonces, descontado el espacio que le dedican las antologías, y una que otra nota fugaz, el silencio oprobioso del olvido. (5)

II

En Herrera conviven el prosista y el poeta. Escribió novelas coftas, crónicas y artículos de crítica literaria. Pero publicó sólo un libro, mencionado ya. El resto de sus prosas, sin duda alguna suficiente para formar varios volúmenes, nos es casi desconocido, y tendremos que aceptar la cooperación del tiempo para reunirlos. Como poeta, su labor es relativamente parca. Buscando en las revistas nacionales que honró su colaboración, he reunido veinte y tantos poemas, bastante poco, en verdad. Sin embargo, el libro inédito que guarda su hijo contiene, según propia afirmación, cincuenta y tres. Quiere decir esto que, suponiendo incluídas en aquel volumen todas las poesías por mí recogidas, quedan alrededor de treinta poemas de los cuales sólo sabemos que existen. Por último, tradujo Herrera cosas del inglés—suya es la primera versión castellana de *La Balada de la Cárcel de Read-*

ing (6)—, del italiano y del francés, y hasta posiblemente del alemán, pues entre sus traducciones se cuenta la de un poemita de Heine, no sabemos si vertido del original. Y ahora que tenemos una idea global de la labor de Herrera, veamos, apoyándonos en su obra asequible, la calidad del artista que hubo en él.

Dentro de la literatura nacional, Herrera es el más conspicuo representante del modernismo. Es modernista por su adhesión al principio de un arte liberado, por su culto de la forma y la palabra, por su cosmopolitismo, por su estética aristocrática, por su insaciable querer abarcarlo todo. Y lo es en grado que no admite parangón entre nosotros. Por eso mismo, también, por su cosmopolitismo y su múltiple y universal apetencia, falta a su obra contenido local, está huérfana de significación nacionalista. Darío Herrera, lujo de nuestras letras, es el escritor menos panameño que se pueda dar.

Sensible en extremo al requerimiento de lo plástico, encontró en la minuciosidad descriptiva el gran vehículo de su frase brillante.

Quien haya leído "Los Desposados de la Nieve" no podrá olvidar la estupenda pintura de la tempestad en los Andes. Y en sus crónicas, en sus narraciones del Plata, siempre, el prolijo inventario de la aurora que avanza, la detallada descripción de la tarde que muere, o bien el moroso y emocionado dibujo de sus personajes femeninos. No obstante, la obra de Herrera se me antoja, en cierto modo, un tanto superficial. Es el precio pagado por su dominante preocupación descriptiva y formal. Amante fervoroso de la belleza externa, se queda en el paisaje, en los primeros términos. Si exceptuamos el feliz acierto de "La Zamacueca", relato equilibrado en su dramático realismo, sólo cuando penetra al mundo de lo morboso sus creaciones ganan en profundidad. Aquí le ayuda eficazmente su naturaleza hipersensible de enfermo nervioso. En este sentido, su mayor logro está en su cuento "La Nueva Leda", que nos recuerda a los psicólogos alemanes de hoy. Pero su obra conserva en todo momento gran altura formal, su frase es siempre exacta y bella, aunque, a veces, quizá, demasiado bella. En Herrera tenemos el mejor prosista literario de su generación.

(5) Todavía hay más. Poco después de muerto Herrera, sus restos fueron repatriados por orden del Municipio de Panamá. Y allí, en el patio del Palacio Municipal, estuvieron abandonados durante varios meses, hasta que el destino quiso que se les prestara atención. Hoy reposan en el Cementerio Amador.

(6) Se publicó en "El Mercurio de América", de Buenos Aires, del mes de Diciembre de 1898.

El poeta no desmerece las excelsas virtudes del prosista, si bien las contadas poesías que de él conocemos den a este aspecto de su obra un lugar secundario. Como poeta se acerca a los parnasianos, pero sin caer en la frialdad marmórea de aquellos, no falto de emoción. Y acusa una leve melancolía, como que sangra también por la herida romántica, común a casi todos nuestros poetas. En su poesía alienta, por lo mismo, una indudable significación personal.

Sus contemporáneos, es curioso anotarlos, ofrecieron mayor estimación al poeta. Rubén Darío, que fue su amigo y estimador, le hizo el honor de colocarlo, en uno de sus escritos, junto con Silva y Valencia, viendo en los tres la más alta representación del modernismo en Colombia. (7) Sin preocupaciones clasificatorias, Nicanor Bolet Peraza le elogió generoso. (8) "Un exquisito" le llamó Max Hen-

(7) Rubén Darío: *Letras*.—Mundo Latino, Madrid, MCMXXI, Pág. 55.

(8) Nicanor Bolet Peraza: "Darío Herrera", en el No. 3 de "El Heraldo del Istmo".

riquez Ureña. (9) "Es de los que sienten la poesía natural y son ricos de color", dijo de él José Martí, el cubano que es gloria de la lengua y del continente. (10)

Y si el poeta mereció juicios como los transcritos, el prosista, fue también muy celebrado. A la publicación de *Horas Lejanas* respondió con general aplauso toda la crítica del continente. Hasta el "Mercure de France" se ocupó de él. En Perú le acogió fraternal, con penetración y donaire, Francisco García Calderón Rey. Y su hermano Ventura, refiriéndose a Herrera, escribió en cierta ocasión: "tiene el culto de la prosa perfecta". (11) Uno sólo de estos comentarios basta, por su calificada procedencia, para cimentar la reputación literaria de cualquiera. Todos ellos nos están exigiendo, con su hidalguía múltiple, ir al encuentro de la obra de Darío Herrera, hermoso capítulo de la literatura panameña.

(9) En carta dirigida a Ricardo Miró, de 10 de Febrero de 1908.

(10) Ver Bolet Peraza, artículo citado.

(11) Ventura García Calderón Rey: Véase la dedicatoria de "Paisaje", en el No. 19 de "El Heraldo del Istmo".

Historia del Gaban de Darío Herrera

Por BALDER MOEN

La gran aldea evolucionaba hacia la gran metrópoli, en los primeros años del presente siglo. Los literatos, antes dispersos, se juntaban ahora alrededor de su jefe, el insuperable poeta Rubén Darío.

Un núcleo considerable de escritores ricos y pobres rodeaba al escritor nicaraguense. Eugenio Díaz Romero, recientemente desaparecido, inició entonces la publicación de su "Mercurio de América", mientras José Pardo editaba otra revista análoga.

Eran varios los hombres de talento que ayudaban al incipiente movimiento literario con su dinero y con su pluma, y en el Ateneo se juntaban todos, sin diferencia de posiciones sociales y pecuniarias.

Angel Estrada (hijo), Escalada, Argerich, los hermanos Berisso, Leopoldo Lugones, Eugenio Díaz Romero, José Pardo, Pepe Ingenieros, Antonio Monteavaro, Goycochea Menéndez, Jorge Lavalle Cobo, Martín Aldao, todos ayudaban para un fin común, y a todos inspiraba su insigne jefe.

Llegó a Buenos Aires, en uno de esos

años, un joven panameño, Darío Herrera, bajo de estatura, delgado, con un físico que expresaba poca salud; de una educación refinada, pulcro hasta la punta de los dedos y con los bolsillos vacíos.

Entró inmediatamente en aquel círculo intelectual, haciéndose muy amigo de los más pudientes, y soportando estoicamente las pullas de los alacranes; ganaba la vida escribiendo sueltos en los diarios; además, compuso un libro de cuentos, pero con muy pocas esperanzas de conseguir publicarlos.

Visitaba muy a menudo mi librería, y pronto me ligó a él la misma amistad que tenía y aun conservo con el resto del mundo literario.

Me preocupaban los originales de su libro, del cual siempre solía hablarme, pero no estaba en condiciones de soportar la pérdida que seguramente produciría la publicación de una obra escrita por un autor desconocido fuera del ambiente literario.

Con el deseo de ayudarlo, trataba yo de

buscar una solución, cuando, por fin, se me ocurrió una idea.

Hablando con uno de los literatos más pudientes, le propuse que si conseguíamos reunir diez interesados en adquirir igual cantidad de ejemplares cada uno, a razón de dos pesos con cincuenta centavos el tomo, y con el compromiso de no vender ni regalar éstos, hasta tanto no se agotara el resto de la edición, cuya venta sería a beneficio de Herrera, yo me animaba a editar la obra.

Rápidamente fueron cubiertas las diez acciones, y poco después apareció "HORAS LEJANAS", (1) así se titulaba, nítidamente impreso por la casa Coni, causando gran regocijo a su autor y un murmullo de despecho a los alacranes.

El primer día que el libro fue puesto a la venta, casi sufre un disgusto el autor.

Cierto escritor, ya anciano, muy rico, y que por afición publicaba libros que tuvieran siempre mucha aceptación, tenía la costumbre de concurrir semanalmente a la librería llevándose casi todas las novedades, sin duda con el objeto de ayudar en algo a la literatura incipiente.

Como es natural, le ofrecí el libro de Darío Herrera. Revisó la obra, y al rato dejó el libro a un lado, diciéndome:

—No lo llevo porque no conozco al autor.

Yo, por mi parte, no insistí; mi cliente eligió otros libros, tomó su paquete, y, al salir, saludó a otro señor que en esos momentos entraba.

El nuevo cliente era uno de los diez "accionistas", y haciendo un movimiento con la cabeza hacia la puerta, me preguntó:

—¿Se llevó éste un ejemplar de "Horas Lejanas"?

—No—le contesté,—dijo que no conocía al autor.

—¡Qué lástima haber llegado con cinco minutos de retardo!—exclamó. Desearía haber dicho a esa persona que yo no leo sus libros porque no conozco al autor.

...

El otoño iba pasando, y los primeros fríos tenían inquieto al pobre Darío Herrera, quien carecía de ropa apropiada, cuando uno de los ricos escritores le obsequió con un soberbio

gabán que llevaba la marca de una de las mejores sastrerías de París, forrado con piel riquísima y que exteriormente era de una mezcla de seda y lana valiosa.

El tal gabán estaba un poco holgado al amigo, pero supo, sin embargo, lucirlo durante todo el invierno y con tanta elegancia como la que distinguía años después de Charles de Soussents, que vestía los trajes casi nuevos de Pepe Ingenieros.

Pasada la época cruda, y al llegar la tibia primavera, se puso otra vez pensativo Darío Herrera; el gabán ya no le servía, y tenía una perentoria necesidad de un traje de verano. Incapaz, como era, de pedir ayuda a nadie, ideó la forma de hacerse dinero, ofreciendo, "sotto voce", a uno y a otro la prenda ya inútil, y explicando al mismo tiempo, con maestría, las diferentes aplicaciones que podía dársele al gabán, ya sea como abrigo de cama o como alfombra delante del mismo mueble, y no recuerdo cuántas otras más. La cuestión fué que dió, por fin, con un comprador, en la persona de Eugenio Díaz Romero, quien fué, probablemente, y en virtud de tales circunstancias, el primer comerciante por mensualidades en la República Argentina.

Poco duró a Díaz Romero la satisfacción por aquel negocio, porque a los pocos días entró en su pieza un ladrón que se llevó la prenda, sin que fuera posible a la policía descubrir sus rastros.

Pepe Ingenieros, jefe a la sazón de los alacranes de la época, contaba a todo el mundo, quisiera o no oírle, que lo del robo del gabán había sido un hecho secundario para el caco, pues su verdadero objeto al penetrar en la vivienda de Díaz Romero había sido para apoderarse de un ejemplar del libro de poesías "Harpas en el Silencio", recientemente publicado por dicho autor, para con él poder recitar lindas trovas a su novia, y al ver de paso la rica prenda, se la llevó.

La República de Panamá, al independizarse de Colombia, en el año de 1903—, llamó a sus hijos más esclarecidos, y Darío Herrera, entre ellos, fué designado por el novel gobierno con el cargo de ministro en el Perú. (2)

Varias cartas me envió desde Lima, en las cuales siempre recordaba con cariño su época pobre de Bohemio en Buenos Aires, y aun cuando gozaba ya de un envidiable bienestar, llamaba a aquellos tiempos su época feliz.

(2) Darío Herrera no fue Ministro en el Perú, sino funcionario consular.

(1) Poseemos un ejemplar de este raro libro de cuentos de Darío Herrera. "HORAS LEJANAS" fue editado por Arnoldo Moen, en Buenos Aires, en la Imprenta de Coni Hermanos, en el año de 1903 y tiene 235 páginas. Los cuentos publicados allí son los siguientes: Intangible, En el Guayas, Un beso, Hipnotismo, La Zamacueca, Los desposados de la nieve, Violetas, Pensativa, Meditación, La sorpresa, Páginas de Vida, Claro de luna, Betty, Las tres novias y La nueva Leda.

LAS TRES NOVIAS

Por DARIO HERRERA

En una de las terrazas de la Rambla, en Mar del Plata, se encontraban tres amigos, tres poetas, una tarde de enero. Dos de ellos hablaban animadamente, mientras el otro, pensativo, con la mirada fija en el confín distante, escuchaba distraído la conversación de sus compañeros. Sobre la mesita de madera, en los vasos de vidrio, los licores exhalaban el perfume de sus mixturas, al sople fresco del viento. De un kiosco cercano venían las ondas de la orquesta, y al mezclarse con los estruendos del mar, formaban una extraña música, a la vez salvaje y armónica. En la orilla, entre el hervor de las espumas, surgían cabezas y torsos de bañistas, a los cuales las olas, superponiéndose afanosas, cubrían con largas caricias trémulas. Y en torno, sobre la tierra, bajo el cielo, la vida humana y la de la naturaleza palpitaban alegres, en la augusta concordia del color y de la luz.

Los pulmones aspiraban con delicia la saturación yodada y salobre del ambiente; y las pupilas convertíanse volubles de un punto a otro, para encontrar siempre el encanto de visiones hermosas. El sol, en la proximidad de su ocaso, derramaba por el azul las gamas de sus rojos y amarillos. Algunas nubes viajeras recogían los rayos solares; los refractaban en matices iridescentes, y eran, suspendidas entre el agua y el firmamento, como grandes pendones de sedas cambiantes. A lo lejos, en el hemicíclo del horizonte donde se fundían, en un solo y pálido tono violeta, los límites del océano y del espacio—destacábanse y crecían las velas de las barcas pescadoras. Y por la arena movediza de la playa, donde retumba el oleaje, y a lo largo de la Rambla, toda estremecida bajo el incesante taconeo, la multitud veraniega circulaba pausadamente, ante el vasto escenario marítimo. Los grupos femeninos, con su continuo vaivén, se juntaban, se unían, separábanse, en una fiesta de lujo y de coloraciones. La luz vespertina los envolvía, creándoles fondos de clarooscuro; y así emergía los cuerpos, suavizando el relieve de las curvas, amortiguadas las tonalidades de las telas, como si un amoroso pincel los hubiera pintado delicadamente sobre el cristal de la atmósfera.

—¡Oh, las mujeres!—decía uno de los tres

amigos, el de los poemas parnasianos.—En este sitio, a esta hora, bajo este aire, lleno como de la total juventud del mundo, me siento capaz de amarlas a todas, fervorosa, imponderablemente, porque todas se me antojan adorables... Sin embargo,—prosiguió, asaltado sin duda por el reproche de un recuerdo—sólo una es la vencedora absoluta de mi corazón. La quiero, porque tiene la altivez imposible de una diosa. No le he revelado mi amor... ni lo deseo. Jamás he tratado de penetrar en su alma; pero en su cuerpo hay la magia irresistible de la línea, como en las estatuas antiguas, y eso me basta. Al contemplarla, en silencio, con arrobamiento puramente artístico, en la íntegra serenidad de sus actitudes, experimento un goce supremo. Las tempestades de la pasión no deben turbar nunca la calma soberbia, la divina plasticidad de ese sér, a quien parece que una íntima voluntad, como la ley regularizadora de un ritmo, imprime posturas y aspectos hieráticos. El dolor o la alegría, con sus gestos desordenados, alterarían el perfecto lineamiento del rostro; el placer, con sus espasmos convulsivos y sus abandonos desfallecientes, descompondría la aurtimía del busto. Por eso la amo así, siempre a distancia, objetiva y cerebralmente. Ella es en mi espíritu forma y en mi sensorio idea; y cuando la miro, mi único pensar es que no estemos en los tiempos de la Atenas de los dioses y de los poetas, de la Atenas artista, para cantarle un himno en aquellos clásicos exámetros, un himno inmortal, en la apolínea lira, mientras le daba a su carne la frescura eterna del mármol...

—Yo—dijo el segundo, sorbiendo un poco del aperitivo cual si paladeara el sabor de un beso—no comprendo esa manera de sentir. Soy más vibrante, más real. Mi novia no tiene imposibilidades de diosa. Es absolutamente humana: una niña buena y linda a quien amo y de quien soy amado... ¡La naturaleza! Lo que es savia, flor y fruto en las plantas, y sangre, músculos, nervios en los cuerpos; lo que es movimiento y acción; lo que sufre y lo que goza; lo que vive y lo que muere; la naturaleza, con sus hermosuras y con sus defectos, con sus opulencias y con sus descomposiciones; he ahí lo verdadero, lo solo digno de

interés, de entusiasmo, de amor!... A las actitudes olímpicas prefiero las sinceras del cariño: la flexibilidad cálida de la piel, en las presiones elocuentes, a la tersura glacial del mármol. Y nada hay para mí tan delicioso como los largos coloquios en los amables rincones de la sala, mientras la familia y las visitas hablan, olvidadas de la pareja, cuyos labios dicen poco, y cuyas almas piensan mucho, prometiéndose un universo de futuras concesiones... Ella, mi novia, criatura lógica y ardiente, será en mi existencia energía y producción. Sus brazos han sido hechos para la caricia y para el sostén; y sus senos, sus flancos, su cuerpo todo es apto a los estímulos del amor y a las gestaciones físicas, porque posee la fuerza que enardece y atrae, y la fuerza que fecunda y genera. Esposa y madre, será la fuente propicia donde se calmarán mis deseos instintivos, y el molde equilibrado donde se perpetuarán los caracteres y la esencia de mi raza!...

—Y yo — dijo el tercero, saliendo de su abstracción, y convirtiendo la mirada de sus ojos claros, de las lejanías del horizonte, a su vaso intacto—comprendo vuestros ideales, pero no los ambiciono; mi temperamento, espontáneamente, los rechaza. Tu amor es demasiado frío, demasiado objetivo, demasiado exterior; el tuyo demasiado terrestre, demasiado natural... ¡Ah, la novia como yo la sueño! Una mujer con la belleza maravillosa de María y de Afrodita, provocadora simultánea de las adoraciones más puras y de las sensualidades más audaces; de éxtasis contemplativos y de caricias delirantes. Y en la urna prodigiosa de ese cuerpo, dentro de esa carne compleja, formada como de materia y de éter, de pecado y de pureza, de barro y de cielo, que se encerrará una alma, igualmente rara, igualmente contradictoria: impulsiva y dulce, artificial e ingenua, apasionada y casta, toda candor y sensibilidad en ocasiones, y en otras toda ciencia y arcano. Que viviendo en esta época actual, de refinamientos, a veces encantadores, a veces perversos, tuviera esa inquietud morbosa, esa aspiración de impresiones nuevas, esas melancolías, esas nostalgias, vagas, indefinibles, y al mismo tiempo hondas,

dominadoras; en fin, todo lo que constituye la quinta esencia del alma moderna. Que conociera el vicio—el vicio con sus seducciones mentirosas, con sus fealdades aparentemente seductoras—y conociéndolo, le repugnara, y fuese pública y pura, perfectamente virtuosa, por convicción y no por ignorancia, pues la virtud que ignora es insegura, eventual, susceptible de sucumbir al choque de las pasiones de la carne, como el diamante falso al choque de los cuerpos duros... Sí, una mujer única, complicada y sencilla, cerebro y corazón, conjunto incomparable de modalidades extraordinarias. A una novia así, yo la amaría, la adoraría cual un místico exaltado a su deidad soberana. Y sólo ella podría amarme como lo ansio, porque me comprendería, porque sabría leer lo más recóndito de mi espíritu, y—¡bendita mil veces!—sería la consoladora persuasiva de mis tristezas!...

—Una novia semejante, en nuestro ambiente, es un imposible—dijeron a una lo dos amigos.

Y ambos clavaron en el tercero una mirada de indulgencia. Este, vuelto a su abstracción, tendía de nuevo el fulgor misterioso de sus pupilas, hasta el horizonte marino, donde el crepúsculo comenzaba a esparcir sus penumbras. Sobre la superficie crespada del océano—en la cual no se advertía ninguna de las barcas pescadoras, ya de retorno a la costa—agonizaban, con reflejos temblorosos, las últimas claridades de la tarde. La concurrencia humana aminoraba a prisa; los grupos femeninos se disolvían, se retiraban, desaparecían, y la playa y la Rambla quedaban sumidas en una soledad grave, en un silencio meditabundo, como con el presentimiento de la quietud religiosa de la noche... En aquel instante, allá, muy cerca de la curva, entre un resplandor demorado del ocaso, surgió una vela blanca. La sombra triunfadora la deformaba y desvanecía por momentos. Y el tercero de los amigos contempló aquella silueta blanca, aquella visión efímera, aquella aparición fantástica; la contempló tristemente, como si ella fuera para él la forma tangible de su ideal de amor, surgido del mar al conjuro de sus palabras, para perderse en lo infinito...



(Viene de la Pág. 4)

lla exaltada algarabía que hacía gozar a viejos y niños, recordaba con toda precisión un pito que imitaba a la perfección el gorjeo del chuiro, el otro que era igual al mugido de la vaca y aquel otro endiablado instrumento que gruñía como el lechón cuando le llevan la comida... Había también algunas cornetas, matracas, tambores, y panderetas llevados de la ciudad pero nunca competían con los instrumentos rústicos tocados con desbordante alegría.

A los chicos se les obsequiaba en esos días con monedas con las cuales compraban sodas y bombones. Era de tradición, si no lo daban espontáneamente, que cada muchacho reclamara su aguinaldo a los parientes y amigos de la casa.

Y así llegaba el día 24 y se esperaba la hora de la Misa del Gallo a la que asistía mucha gente, grandes y chicos, pero todos con la fisonomía iluminada por una luz extraña que no venía del alumbrado artificial. Valía la pena, ciertamente, hacer todos los esfuerzos para resistir sin dormirse hasta la hora de la Misa.

Recordaba al grupo de pastores, vestidos con arreos nativos de campesinos, esperar en el centro del templo el momento de ir a ofrendar. El coro de los cantos y villancicos lo entonaba el pueblo entero. Con qué alegría cantaban! El violín y la guitarra, únicos instrumentos de la orquesta, hacían prodigios de música tocada de oído, con variaciones y acomodos improvisados por los mismos músicos, que llevaban el compás con los zapatos. Había momentos en que la Iglesia entera llevaba también este compás...

Arreglados por sus mamás provincianas, lo mejor que las pobres entendían, los pastores se adelantaban para entregar sus presentes al Niño recién nacido. Eso sí, era condición que debían hablar en verso al hacer la ofrenda.

Iban un poco cohibidos por el traje y por la solemnidad, pero no se echaban atrás ni aún al recitar aquellos versos de su propia industria:

*"Soy un humilde pastor
del campo de Los Carates
Al Niño Dios le traigo
estos hermosos tomates."*

Había uno que de malas podía con su

carga, pero depositándola al fin a los pies del Niño, dijo con cómica propiedad:

*"Como pastorcito que soy
del pueblo de la Atalaya
Al Niño Dios le entrego
esta preciosa papaya."*

La papaya nada tenía de preciosa pero era enorme, y al lado del Niño, el Cura sonreía beatíficamente y asentía...

Habría hecho el viaje desde Panamá hasta Ocutí, con sus doce horas de barco hasta Chitré y sus ocho horas a caballo, bajo un sol de fuego, para estar allá en esa fecha, aunque fuera con el compromiso de regresar en seguida.

La fiesta de Pascua terminaba en la tarde del 25 con el paseo del Niño Dios, durante el cual visitaba por unos instantes las casas de la población, en cuyas puertas la familia reunida recibía al divino visitante. En su excursión iba acompañado del señor Cura y de numerosas personas que cantaban los mismos cantos y villancicos de la noche, preludiados por el violín y la guitarra.

Al paso del Dios infante aparecía en los enfermos, en los pobres, en los afligidos, aquella misma expresión luminosa que ya había observado en los sanos durante la Misa del Gallo. Y el retorno a la Iglesia y al pesebre, donde pendía de una estrella la inscripción "paz en la tierra a los hombres de buena voluntad", constituía evidentemente un triunfo religioso.

Todo lo anterior ocurría en el año de 1918. Se acaba entonces de firmar el Armisticio. Tras las terribles matanzas de la Guerra Mundial Número Uno que durante cuatro años enlutaran a tantos pueblos; había llegado por fin la paz, y su advenimiento había sido motivo de magníficas y justas celebraciones. Los hombres descansaban en la esperanza de que fuera aquella la última guerra de la historia.

En su memoria de estudiante estaba el recuerdo de la hora en que sonaron estrepitosamente las sirenas de la ciudad, cuando frailes y alumnos se lanzaron al patio, como si todos, de pronto, se hubiesen vuelto locos.

Ya los muchachos habían olvidado el Armisticio y no se hablaba sino de la próxima Navidad.

—Escribiste tu carta al Niño Dios?

—Todavía...

—Pues apura que se te hace tarde!

También en la ciudad, aunque tal vez con menos belleza que en el campo, sentaba triunfalmente sus reales el verano, este verano de Panamá "que no es lo mismo que el de los países donde existen las cuatro estaciones—decimos verano para señalar la estación seca, e invierno, para referirnos a la estación lluviosa, o sean las dos únicas estaciones que existen en la República." Al menos así se decía en clase de geografía, y él, que ya sabía sentir un poquito la naturaleza, gozaba de veras con la brisa del Norte que eleva las cometas; con el padre sol, más radiante que nunca; con los amaneceres increíblemente bellos en la bahía, donde el enorme disco rojo emerge directamente de las aguas y se levanta en el cielo con majestuosa imponencia; y gozaba también con aquellas tardes esplendorosas, seguidas de los crepúsculos tristes, más propicios al recuerdo y a la nostalgia que en las otras épocas del año. Solía levantarse muy temprano y le gustaba sentarse, con sus libros de escuela, en las bancas del Malecón y contemplar en silencio la belleza del paisaje.

La Navidad se acercaba más y más y los almacenes se habían llenado de juguetes. No había mayor placer para la chiquillería ilusionada que ir de correría por las vitrinas de la Avenida Central.

* * *

Vencido por la azul y magnética sugestión, contagiado del ambiente que se había adueñado de los corros del Colegio, una tarde memorable, después de algunas vacilaciones y después de consultar con uno de sus condiscípulos y amigos, ciertas dudas propias de sus once años, escribió también su carta al Niño Dios. Decididamente aquello tenía que ser cierto. Era, además, una cosa maravillosa...

Pero después que terminó de escribir la carta, se le presentó una gran perplejidad: en dónde había que dejar la carta? Esperaba lealmente que llegara a las propias manos del Niño Dios, y ahora, ya lista para su envío, no sabía dónde depositarla.

Su consejero andaba ya bien lejos y no había manera de consultarle. Le preguntaría a su padre? No. A su concepto, los padres no debían saber nada de estas andanzas. Si lo

sabían, la cosa corría el peligro de perder su mayor encanto puesto que abría el camino a la duda...

Vivía cerca del mar, y no sabiendo con exactitud en qué estafeta consignar el candoroso mensaje, encontró por fin un sitio ideal, verdaderamente "estratégico". Se acercó entonces a la muralla que da a la Marina y cuando creyó que nadie lo observaba, se subió, doblándose hacia el lado exterior del muro, y escondió la carta en una grieta profunda que allí había.

Al retirarse, era presa de una alegre y extraña embriaguez. Como los otros muchachos de la Ciudad, esperaba también que llegara el Niño Dios.

* * *

Antes de que llegara, sin embargo, sucedió un incidente de esos que nunca se olvidan:

Dos muchachos del barrio, de quienes nunca llegó a saber sus verdaderos nombres, venían caminando en su dirección. Eran nada menos que *Kid Buteo* y *Centerfil*, dos moce-tones rollizos que hacían vida de playa y de jaleo, con extendida fama de ser los gallos del barrio de Santo Domingo. Los había visto varias veces jugar *base-ball* en la playa, boxear con gran coraje y habilidad, en los encuentros que allí se celebraban los domingos ante la muchachada fanática, y hasta había hablado y bromeado con ellos después de alguno de estos encuentros.

Los vió venir como solían andar siempre, mascando chicle, con el cuello abierto y los brazos remangados, y ni siquiera parecía que habían advertido su presencia. Pero cuando pasaron a su lado, los dos, a un tiempo, mirando todavía hacia otra parte como si la cosa fuera con otra persona, con irritante retintín de burla, fueron declamando en alta voz y recalcando las palabras: "Querido Niño Dios: Te ofrezco unos palitos, una pelota de foot y unos zapatos chocolates. Te ofrezco portarme bien, tu amiguito y servidor,

Rodolfo Belisario Campo."

¡¡Ja, ja, ja, ja!...

Temblor de tierra! Era lo mismo que él decía en su carta!

Los muy bribones la habían encontrado y estaban haciendo con ella motivo de terrible chacota!

Y aquellos cuatro ja, ja, ja, ja, cargados

de fulminante sarcasmo, tuvieron su efecto rotundo.

Aplastado, corrido, destrozado, ante la inesperada y formidable broma, sintió dolor y vértigos de muerte. Los dos playeros se habían detenido para gozarse contemplando el aspecto de su víctima. El otro, que malamente podía sostenerse en pie, irguió luego, con trabajo, la cabeza, y se quedó mirándolos fijamente, sin decir una palabra. De sus ojos brotaron sendos lagrimones que corrieron libremente por las mejillas.

Haciéndole entonces una mueca que quiso, tal vez, ser sonrisa compasiva, uno de ellos le palmeó el rostro suavemente y los dos campeones se fueron, como si tal cosa, muy campantes hacia la playa.

* * *

"Bien vengas, mal—dice el refrán—si vienes solo".

Antes, también, de que llegara la Pascua, se sintió enfermo, cayó en cama con fiebres altas, y su padre, que compartía con él un cuarto de aquella casa que era pensión y residencia de familia a la vez, se alarmó y buscó a un doctor.

Con la fiebre coexistía un violento dolor de cabeza como jamás lo había sentido.

El doctor habló de una nueva forma de gripe proveniente de las trincheras de Europa, la cual se estaba desatando en forma epidémica y extraordinariamente intensa, ocasionando considerable mortalidad tanto en Europa como en los Estados Unidos, donde existía verdadera alarma social. Le daban el nombre de TRANCAZO o influenza. Las bolsas de hielo en la cabeza eran peligrosas. El tratamiento era la cama, la quinina y la aspirina.

El *trancazo*, efectivamente, derribó a otras personas residentes de la casa y desde su lecho, las oyó dar gritos y quejarse de un terrible dolor de cabeza.

* * *

La Nochebuena lo sorprendió estando aún

convalesciente, pero el sueño le venció temprano. Se sentía, más que débil, cansado. Era un cansancio casi doloroso que lo enervaba física y mentalmente. No quería, para poder escapar de la nostalgia atroz, recordar el hogar ni el pueblito lejanos. Allí estaban su madre, sus otros hermanos, sus tíos, todos tan buenos. Acá, en la ciudad, no tenía sino a su padre, quien trabajaba con sobrecargo de tiempo en una oficina y a quien servía de compañero desde su ingreso al Colegio. El bueno y querido *viejo*, sin pensar acaso que con ello le daba un motivo agradable y necesario de expansión, le exigía que semanalmente escribiera a su mamá y a sus hermanos. Las cartas del padre y del hijo solían juntarse en el mismo sobre postal y religiosamente se despachaban por el correo de la semana.

He aquí, pues, que había llegado, que era ya la Nochebuena, "noche de paz, noche de amor". Los niños del mundo cristiano debían estar henchidos de ilusión y con la curiosidad alerta, en torno al misterio y al milagro que flota en la tradición con su polvillo de oro.

Extrañas vueltas de la vida, ahora se sentía como una rama que fuera por el río, corriente abajo. Prefería ¡uy! no pensar ni acordarse de las cosas. Aquella Noche, Niño Dios, no deseaba ya sino poder dormirse!...

Y se durmió efectivamente, mucho antes de que las campanas de la Catedral, de Santa Ana, de todas las Iglesias, y también las vecinas y familiares campanas de San Francisco, invitaran, repicando, a la Misa del Gallo.

Cuando despertó, al día siguiente, ya su padre se había levantado y terminaba de vestirse. Se sentó en la cama y al persignarse, como era su costumbre, los ojos se le agrandaron desmesuradamente al descubrir, oh Niño Dios de la ciudad!, que a los pies de su lecho había un par de patines, una pelota de foot y unos zapatos chocolates, exactamente como él los había deseado al escribir la carta!

Proteja a la Lotería Nacional

y protéjase usted mismo

comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia.

TODOS LA NECESITAN!!



BANCO NACIONAL DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

**DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA
OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL**

Cuenta con el mejor servicio en el país con sucursales
en Colón y agencias en

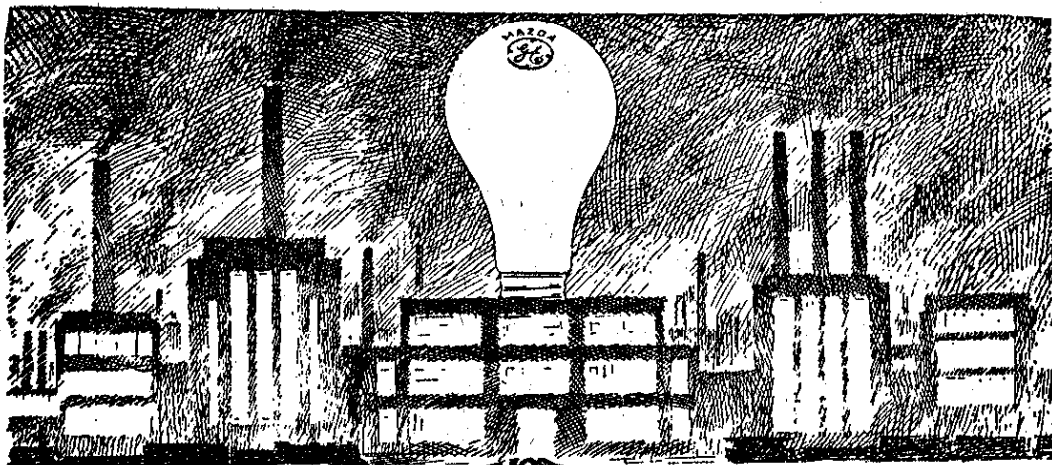
**BOCAS DEL TORO
AGUADULCE
ALMIRANTE
CHITRE
CONCEPCION**

**DAVID
LAS TABLAS
OCU
PENONOME
SANTIAGO**

PUERTO ARMUELLES

Dirección Telefónica: "BANCONAL"

EDUARDO DE ALBA, Gerente.

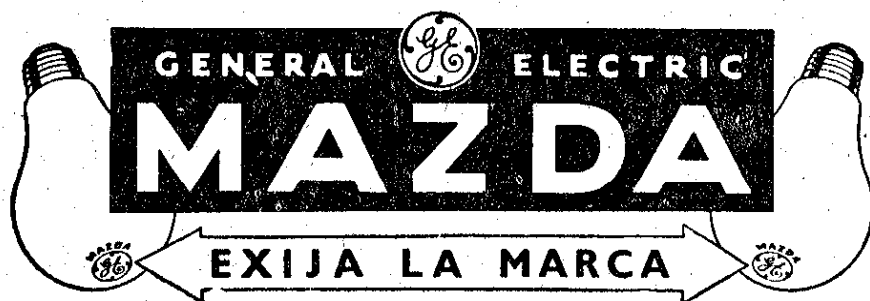


La Guerra de Fábricas

La guerra actual es una guerra de máquinas y fábricas. Las fábricas necesitan bombillas eléctricas para poder trabajar sin interrupción por espacio de 24 horas por día. Como consecuencia, existen restricciones en los suministros de Bombillas G.E. Mazda.

Siempre es un buen proceder el comprar lo mejor, pero especialmente cuando los suministros son limitados; por consiguiente, les aconsejamos que adquieran un suministro de reserva de Bombillas G.E. Mazda sin demora, cuando estén disponibles, con el objeto de evitarse desengaños probables más adelante.

Podemos asegurarles que por nuestra parte estamos haciendo todo lo posible para satisfacer la demanda de nuestros clientes y distribuimos los suministros disponibles con una imparcialidad escrupulosa.



COMPañIA PANAMeñA DE FUERZA Y LUZ

SIEMPRE A SUS ORDENES

PANAMA

COLON

THE STAR & HERALD Co.

(LA ESTRELLA DE PANAMA)



TIPOGRAFIA
LITOGRAFIA
FOTOGRAFADO
RELIEVE
ENCUADERNACION
PAPELERIA

≡ **EL MEJOR EQUIPO** ≡

Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA

PANAMA, R. DE P.

Teléfono 696

Apartado 159

NUMERO 8

CALLE DEMETRIO H. BRID

No. 8

CAJA DE SEGURO SOCIAL

SUBSIDIOS DE MATERNIDAD:

Según lo dispuesto en la nueva Ley, la Caja de Seguro Social concederá a las aseguradas en estado de gravidez, además de todos los beneficios por enfermedad y maternidad, un subsidio en dinero.

EN QUE CONSISTE EL SUBSIDIO DE MATERNIDAD:

El subsidio de maternidad consiste en un auxilio en dinero que la Caja pagará a la interesada, equivalente aproximadamente a UNA VEZ Y MEDIA del promedio de sueldo ganado por la asegurada durante los SEIS meses anteriores a la fecha de la solicitud del auxilio.—Ej.: si la asegurada ha devengado durante los seis meses anteriores un promedio de sueldo de B/.80.00 recibirá un total aproximado de B/.120.00.

PARA OBTENER EL SUBSIDIO DE MATERNIDAD:

La asegurada deberá presentar un certificado médico al completar el SEPTIMO mes de embarazo. Si es maestra deberá comprobar además la fecha de su separación del empleo para mantenerle su derecho a los beneficios.

COMO SE PAGA EL SUBSIDIO DE MATERNIDAD:

El subsidio de maternidad se paga en dos partidas, la mitad seis semanas antes de la posible fecha del parto, o sea alrededor del séptimo mes, y la otra mitad una vez producido el alumbramiento.

CUANDO EL ALUMBRAMIENTO SE PRODUCE AL SEPTIMO MES:

La Caja de Seguro Social entregará inmediatamente a la interesada el total del auxilio a que tenga derecho una vez comprobado el caso por el médico que la hubiere asistido.

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE

de ENERO a DICIEMBRE de 1945

Fecha	Sorteo	Primero	Segundo	Tercero
ENERO 7	1346	1637	3761	4147
" 14	1347	1058	8091	2690
" 21	1348	8664	1974	7960
" 28	1349	4944	5259	3747
FEBRERO 4	1350	0338	7978	7564
" 11	1351	0756	1521	3364
" 18	1352	0293	3686	3420
" 25	1353	0620	0918	8703
MARZO 4	1354	6176	0898	0581
" 11	1355	8502	9617	0752
" 18	1356	4444	3651	6523
" 25	1357	9133	1981	6218
ABRIL 19	1358	6986	2558	3357
" 8	1359	7509	9910	4251
" 15	1360	1599	2727	1491
" 22	1361	9410	8720	7404
" 29	1362	8281	3561	5667
MAYO 7*	1363	1648	2975	5592
" 13	1364	8440	2239	4756
" 20	1365 (Ext.)	1969	1952	6262
" 27	1366	4556	6698	1146
JUNIO 3	1367	7803	1428	2541
" 10	1368	6892	5665	1676
" 17	1369	8006	6931	8771
" 24	1379	4985	2732	6306
JULIO 19	1371	2113	5721	0860
" 8	1372	2000	2559	3208
" 15	1373	2980	7033	0372
" 22	1374	0216	0788	4334
" 29	1375	7121	5047	8274
AGOSTO 5	1376	7851	6979	9594
" 12	1377	1018	9330	3306
" 19	1378	4756	7594	6761
" 26	1379	9902	7674	0597
SEPT. 2	1380	1001	8154	5290
" 9	1381	3459	7732	8983
" 16	1382 (Ext.)	6718	6971	4564
" 23	1383	4114	3974	3542
" 30	1384	6183	3764	2035
OCT. 7	1385	3737	6337	3587
" 14	1386	5715	0498	0336
" 21	1387	0117	1805	9911
" 28	1388	9799	3633	0263
NOV. 4	1389	2434	5822	8243
" 11	1390	0435	4221	5551
" 18	1391	1841	2559	9326
" 25	1392	5262	5435	3202
DIC. 2	1393	5249	9855	5102

(*)—El domingo 6 de Mayo no se efectuó el sorteo debido a las elecciones para miembros de la Constituyente.

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

PANAMA, R. DE P.

PLAN DEL SORTEO EXTRAORDINARIO No. 1410
QUE SE JUGARA EL 31 DE MARZO DE 1946.

PRO MONUMENTO DR. BELISARIO PORRAS

PREMIO MAYOR

1 Premio Mayor de.....	B/. 100.000.00
1 Segundo Premio.....	30.000.00
1 Tercer Premio.....	15.000.00
18 Aproximaciones de B/. 1.000.00 cada una.....	18.000.00
9 Premios de..... 500.00 cada uno.....	45.000.00
90 Premios de..... 300.00 cada uno.....	27.000.00
900 Premios de..... 100.00 cada uno.....	90.000.00

PREMIO

18 Aproximaciones de..... 250.00 cada una.....	4.500.00
9 Premios de..... 500.00 cada uno.....	4.500.00

PREMIO

18 Aproximaciones de..... 200.00 cada una.....	3.600.00
9 Premios de..... 300.00 cada uno.....	2.700.00

1.074

Total de Premios.....B/. 340.300.00

Precio del Billeto Entero, B. 50.00

Precio del Quincuagésimo, B. 1.00

A LOS BILLETEROS

Se les recomienda:

- Devolver a las oficinas de la Lotería los billetes no vendidos, todos los domingos antes de las 10 a. m.;
- Cancelar sus cuentas con la debida oportunidad y retirar los billetes para la venta, a más tardar a las 12:30 p. m. del martes de cada semana;
- Usar trato amable y cortés con nuestros favorecedores y el público en general;
- Llevar consigo el carnet de identificación expedido por la Lotería, para exhibirlo a la Policía y a los particulares que así lo exigieren en caso necesario.

Les está prohibido:

- Negociar o empeñar los billetes que se les entreguen para la venta;
- Vender los billetes a mayor precio que el señalado en los mismos;
- Vender tiquetes de "chance", rifas y otros juegos similares que se llevan a cabo clandestinamente, en perjuicio de los intereses de la Lotería;
- Vender números "casados", aprovechando que un cliente solicita un número determinado para vendérselo a condición de que le compre otro;
- Valerse de menores de 18 años para retirar los billetes en la oficina de distribución y utilizarlos como auxiliares en la venta;
- Les está prohibido estrictamente cambiar billetes premiados a los clientes, para evitarles conflictos enojosos.

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Abril de 1945

NOTA:—El decálogo anterior ha sido extractado de las disposiciones legales y reglamentarias vigentes.